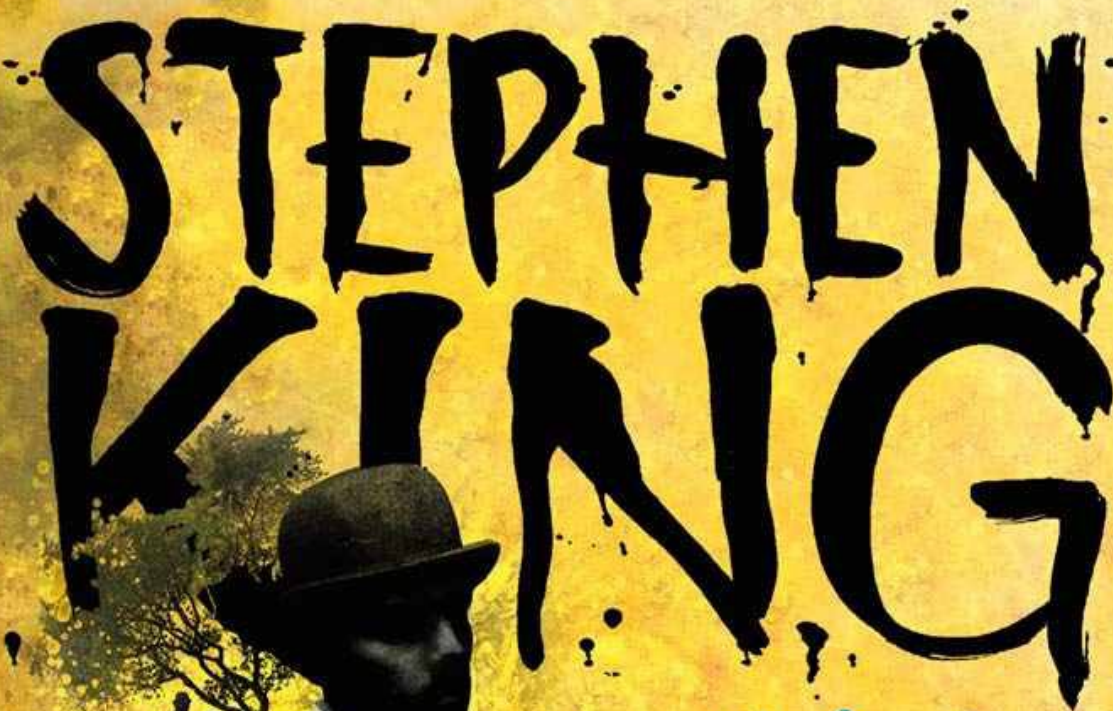


STEPHEN KING

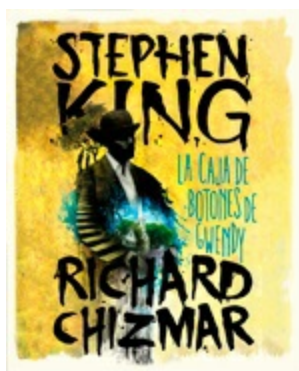


LA CAJA DE
BOTONES DE
GWENDY

RICHARD CHIZMAR

Vuelve Stephen King con una impactante novela corta en un formato muy especial.

La pequeña ciudad de Castle Rock, en Maine, ha sido testigo de algunos extraños sucesos, pero solo hay una historia que no se ha contado... hasta ahora.



Existen tres vías para llegar a Castle View desde la ciudad de Castle Rock: por la carretera 117, por Pleasant Road y por las Escaleras de los Suicidios. Cada día del verano de 1974, Wendy Peterson, de doce años de edad, toma el camino de las escaleras, que ascienden en zigzag por la ladera rocosa.

Pero un día, al llegar a lo alto, mientras recupera el aliento con la cara roja y las manos apoyadas sobre las rodillas, un desconocido la llama. Allí, en un banco a la sombra, se sienta un hombre con una chaqueta negra y un pequeño sombrero. Llegará un día en el que Wendy sufra pesadillas con ese sombrero...

La crítica ha dicho...

«Esta novela sobre el fin de la infancia mezcla un tono dulce con otro más amenazante# La historia brilla especialmente cuando se hace preguntas universales: ¿Cuánto de lo que pasa en nuestras vidas es fruto de nuestras acciones y no el resultado de fuerzas impredecibles? ¿Y cuánto poder tenemos cualquiera de nosotros para salvar el mundo# o destruirlo? Los lectores devorarán esta estimulante historia.»

Booklist

«Una joya de pequeño tamaño pero llena de fuerza.»

Publishers Weekly

«Una fábula para un mundo que se vuelve más loco cada día.»

Washington Post

«Una lectura muy entretenida que nunca pierde su impulso inicial.»

USA Today

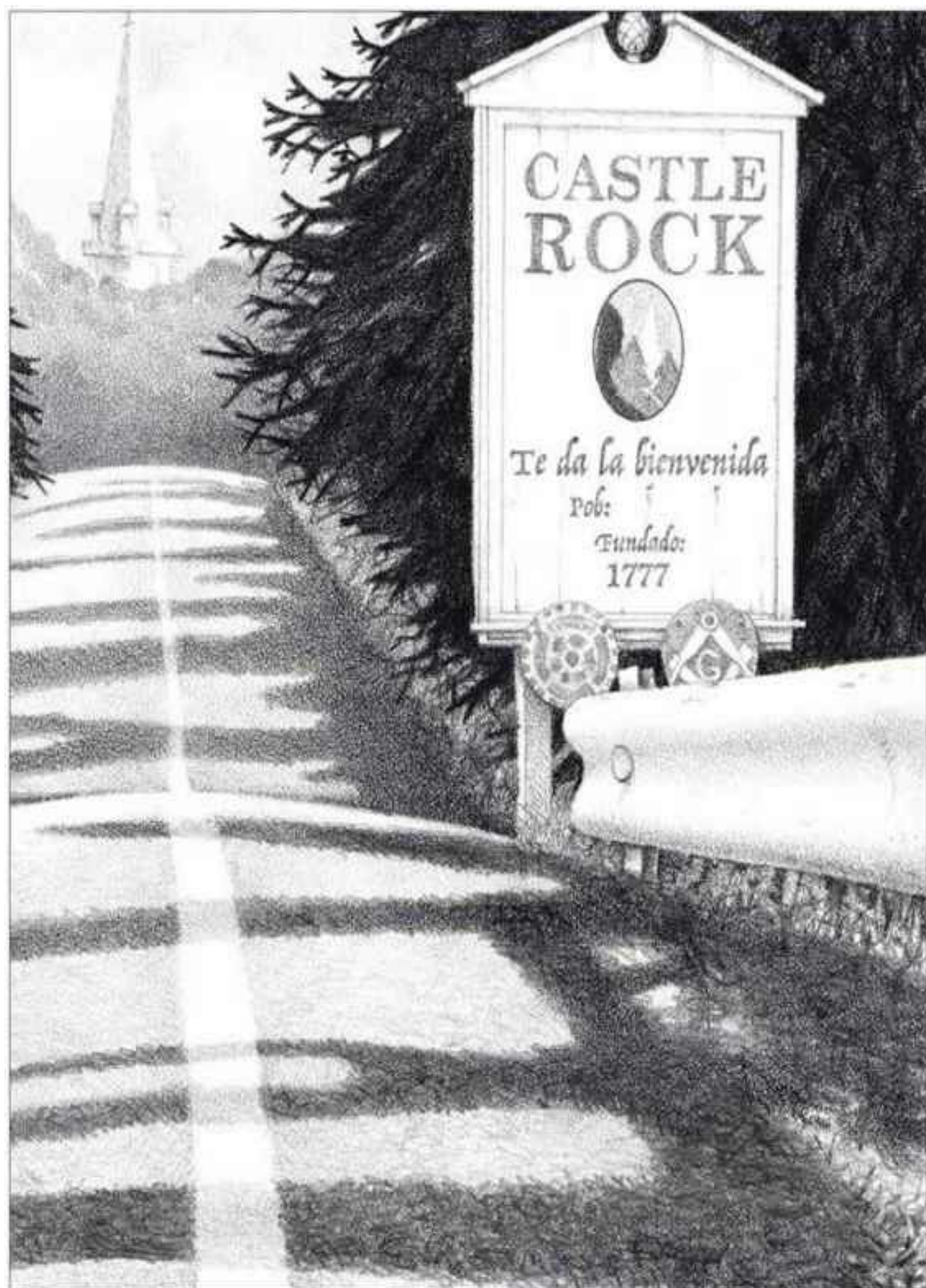
Stephen King y Richard Chizmar

La caja de botones de Gwendy



Traducción de
José Óscar Hernández Sendín







Existen tres vías para llegar a Castle View desde la pequeña ciudad de Castle Rock: por la carretera 117, por Pleasant Road y por las Escaleras de los Suicidios. Cada día de este verano —sí, incluso los domingos—, Wendy Peterson, de doce años de edad, ha tomado el camino de las escaleras, que ascienden en zigzag la ladera rocosa, a la que están sujetas por fuertes (si bien oxidados por el tiempo) pernos de hierro. La niña sube andando los cien primeros escalones, al trote los cien siguientes y corriendo los últimos ciento cinco, empecinada y a tumba abierta —como diría su padre—. En lo alto se dobla por la cintura, resoplando como un viejo caballo de tiro, con la cara roja, las manos apoyadas en las rodillas y mechones de pelo sudorosos cayéndole sobre las mejillas (da igual lo mucho que se apriete la coleta, siempre se le suelta durante ese último esprint). Sin embargo, se aprecia cierta mejoría. Cuando se endereza y mira hacia abajo a lo largo de su cuerpo, alcanza a verse las puntas de las playeras, algo impensable en junio, el último día de colegio, que también coincidió con su último día en la Escuela Primaria de Castle Rock.

La camiseta, empapada, se le adhiere al torso, pero en líneas generales se siente fenomenal, no como en junio, cuando se veía a punto de morir de un ataque al corazón cada vez que coronaba el risco. Oye los gritos de los niños procedentes del parque cercano. Desde un poco más lejos, donde entrenan los jugadores de la Liga Juvenil para el partido benéfico del Día del Trabajo, le llega el ruido de un bate de aluminio al golpear una pelota de béisbol.

Está limpiándose las gafas con el pañuelo que guarda para ese propósito en el bolsillo del pantalón corto cuando alguien la llama.

—Eh, chica. Ven aquí un momentito. Tú y yo tenemos que garlar.

Gwendy se ajusta las gafas y el mundo, antes borroso, vuelve a enfocarse.

Sentado en un banco a la sombra, cerca del camino de grava que conduce desde las escaleras hasta el Parque de Recreo de Castle View, hay un hombre con vaqueros y chaqueta negros, esta como perteneciente a un traje, y una camisa blanca desabotonada en la parte superior. Viste la cabeza con un sombrero negro, pequeño y de aspecto pulcro. Llegará un día en el que Gwendy sufra pesadillas con ese sombrero.

Ha encontrado al hombre en ese mismo banco todos los días de la semana, siempre leyendo el mismo libro (*El arco iris de gravedad*, que es grueso y parece la mar de arduo), pero nunca hasta hoy le ha dirigido una palabra. Ahora Gwendy lo observa con recelo.

—Me han dicho que no hable con desconocidos.

—Ese es un buen consejo. —Aparenta la edad de su padre, de modo que rondará los treinta y ochos años, y no tiene mal aspecto, pero el hecho de que lleve puesta una chaqueta de traje negra en una calurosa mañana de agosto lo convierte, a ojos de Gwendy, en un pervertido en potencia—. Seguro que te lo dio tu madre, ¿verdad?

—Mi padre —aclara Gwendy. Tendrá que pasar a su lado para llegar al parque y, si de verdad es un pervertido, puede que intente raptarla, pero no le preocupa demasiado. A fin de cuentas, están a plena luz del día, el parque se encuentra cerca y lleno de gente, y ella ha recuperado el aliento.

—En ese caso —dice el hombre de la chaqueta negra—, permíteme presentarme. Me llamo Richard Farris. ¿Y tú eres...?

La niña lo medita durante un instante y luego piensa: «¿Qué daño puede hacer?».

—Gwendy Peterson.

—Pues ya nos conocemos, ¿ves?

Pero Gwendy lo niega con un gesto.

—Los nombres no bastan para conocerse.

Él inclina la cabeza hacia atrás y se echa a reír. A Gwendy le resulta cautivador su buen humor, que parece sincero, y no puede evitar una sonrisa. Pero, aun así, mantiene las distancias.

El hombre le apunta con un dedo a modo de pistola: pum.

—Esa es una buena respuesta. Y *tú*, Gwendy, eres buena. Y ya que estamos, ¿qué clase de nombre es ese?

—Una combinación. Mi padre quería llamarme Gwendolyn, que era el nombre de su abuela, y a mi madre le gustaba Wendy, como la niña de *Peter*

Pan. Así que llegaron a un arreglo. ¿Está usted de vacaciones, señor Farris?
—Parece probable; a fin de cuentas, eso es Maine, un estado que se autoproclama «País de Vacaciones». Hasta lo escriben en las matrículas.

—Es una manera de expresarlo, sí. Viajo de aquí para allá. Una semana a Míchigan, la siguiente a Florida, luego quizá pego un salto hasta Coney Island para comerme un perrito caliente y montar en la montaña rusa. Soy lo que podría llamarse un andariego, y los Estados Unidos son mi coto. Vigilo a ciertas personas y les echo un ojo de vez en cuando.

En el campo al otro lado del parque infantil se oye el ruido metálico del bate y resuenan los vítores.

—Bueno, ha sido un placer hablar con usted, señor Farris, pero de verdad tengo que...

—Aguarda un momentito. Verás, tú eres una de las personas a las que he estado vigilando últimamente.

Eso debería sonar siniestro (y un poco sí que lo es), pero aún sonrío, quizá una secuela de la risotada de antes; se percibe la alegría en sus ojos, y, si es Chester el Pederasta, lo disimula bien. Cosa que imagina que hacen los depredadores más astutos, por otra parte. «Pasa a mi salón», le dijo la araña a la mosca.

—Tengo una teoría sobre ti, señorita Gwendy Peterson, formulada, como corresponde a toda buena teoría, a partir de una observación minuciosa. ¿Quieres oírla?

—Supongo.

—Me he fijado en que estás un poco rellenita.

Quizá nota que ella se pone tensa, porque el hombre alza la mano y meneala cabeza, como diciendo: «No tan rápido».

—A lo mejor te ves gordita, porque las chicas y mujeres de este país nuestro tienen ideas extrañas sobre su aspecto. Los medios... ¿Sabes a qué me refiero con «los medios»?

—Claro. Los periódicos, la tele, la revista *Time* y la *Newsweek*.

—Lo has clavado. Pues bien, los medios dicen: «Chicas, mujeres, en este nuevo y valiente mundo de igualdad, podéis ser lo que queráis mientras no dejéis de veros los dedos de los pies cuando os ponéis derechas».

Es verdad que ha estado observándome, piensa Gwendy, porque hago eso todos los días al llegar arriba. Se ruboriza. No puede evitarlo, pero el sonrojo solo baña la superficie. Por debajo se agita una especie de actitud

desafiante. Es lo que, de entrada, la impulsó a correr por las escaleras. Además de Frankie Stone.

—Mi teoría es que alguien te ha picado con tu peso, o con tu aspecto, o con las dos cosas, y has decidido tomar cartas en el asunto. ¿Acierto? ¿He dado al menos en la diana, aunque no sea en el centro?

Debido tal vez a que es un desconocido, se ve capaz de contarle lo que no le ha confiado a ninguno de sus padres. O quizá se deba a que sus ojos azules, rebosantes de curiosidad e interés, no encierran ninguna maldad; que ella pueda discernir, al menos.

—Hay un crío en el cole, Frankie Stone, que empezó a llamarme Goodyear. ¿Lo entiende? Como el...

—Como el zepelín, sí. Conozco el zepelín de la empresa de neumáticos Goodyear.

—Ajá. Frankie es un asqueroso. —Se plantea contarle cómo Frankie se pavonea por el patio, cantando *¡Soy Frankie Stone y tengo un pito como un cañón!*, pero decide callárselo—. Algunos niños más empezaron a llamarme así, y luego también unas cuantas niñas. No mis amigas, sino otras chicas. Eso fue en sexto. El mes que viene empiezo séptimo en otro cole y..., bueno...

—Has decidido que ese mote en concreto no te va a seguir allí —concluye el señor Richard Farris—. Entiendo. Pero eres consciente de que darás un estirón, ¿no? —Los ojos del hombre la recorren de arriba abajo, pero no de una forma que ella encuentre repulsiva, sino más bien de manera científica—. Creo que podrías alcanzar el metro setenta y cinco, o más, antes de que acabes. Alta, para ser una chica.

—Ya he empezado a darlo —afirma Gwendy—, pero no me voy a quedar esperando.

—Es más o menos lo que yo pensaba —dice Farris—. Nada de esperar, nada de lloriquear, solo atacar el problema. Ir de frente. Admirable. Por eso quería conocerte.

—Ha sido un placer hablar con usted, señor Farris, pero tengo que irme ya.

—No. Te conviene quedarte aquí mismo. —Ya no sonríe. El rostro muestra una expresión severa y los ojos azules parecen haberse tornado grises. El sombrero le arroja una delgada franja de sombra sobre la frente, como un tatuaje—. Tengo algo para ti. Un regalo. Porque eres la elegida.

—No acepto cosas de desconocidos —contesta Gwendy. Ahora se siente un poco asustada. Quizá más que un poco.

—Los nombres no bastan para conocerse. Estoy de acuerdo, pero nosotros, tú y yo, no somos desconocidos. Te conozco y sé que este objeto se fabricó para alguien como tú. Alguien joven y capaz de valerse por sí mismo. Te sentí, Gwendy, mucho antes de verte. Y aquí estás. —Se mueve hacia el extremo del banco y da unas palmaditas en el asiento—. Ven a sentarte a mi lado.

Gwendy camina hacia el banco, sintiéndose como una niña en un sueño.

—¿Va a...? Señor Farris, ¿quiere hacerme daño?

El hombre esboza una sonrisa.

—¿Crees que voy a intentar agarrarte? ¿Arrastrarte detrás de los arbustos para abusar de ti? —Señala un punto a unos diez o quince metros siguiendo el camino. Allí hay dos o tres docenas de niños con camisetas del Campamento Castle Rock jugando en los toboganes, columpios y puentes, y vigilados por cuatro monitores—. No creo que pudiera salirme con la mía, ¿y tú? Aparte, las jovencitas no me interesan en sentido sexual. Por regla general, no me interesan para nada, pero, como ya he dicho, o al menos insinuado, tú eres distinta. Y ahora siéntate.

Ella obedece. El sudor que le recubre el cuerpo está frío. Se le ocurre la idea de que, a pesar de todas sus buenas palabras, ahora intentará besarla, sin importar los niños del parque y sus cuidadores adolescentes. Pero no lo hace. El hombre busca algo bajo el banco y saca una bolsa de lona, de las que se cierran con un cordón. La abre y extrae una bonita caja de caoba, con una madera que brilla con un marrón tan rico en matices que vislumbra minúsculos destellos rojos en su acabado. Tiene unos cuarenta centímetros de largo, treinta de ancho y la mitad de alto. De inmediato la quiere para sí, y no solo por su belleza. La quiere porque le pertenece *a ella*. Como si fuera algo realmente valioso, realmentepreciado, que se ha perdido tanto tiempo atrás que casi ha caído en el olvido, pero que ahora ha sido hallado. Como si la hubiera poseído en una vida pasada, una vida en la que ella era una princesa o algo así.

—¿Qué es? —pregunta Gwendy con un hilo de voz.

—Una caja de botones —responde él—. Tu caja de botones. Mira.

La inclina para que la niña pueda ver una serie de pequeños pulsadores en la parte superior de la caja, seis en filas de dos y uno a cada lado. Ocho en total. Las parejas son de color verde claro y verde oscuro, amarillo y naranja, y azul y violeta. Uno de los botones en los flancos es rojo; el otro es negro.

Hay una pequeña palanca en cada extremo de la caja y, en el centro, lo que parece una rendija.

—Cuesta apretar los botones, están muy duros —dice Farris—. Hay que utilizar el pulgar y ejercer bien de fuerza. Y eso es algo bueno, créeme. No querrás cometer ningún error, de verdad que no. Menos aún con el negro.

Gwendy se ha olvidado de temer al hombre. Está fascinada por la caja y, cuando él se la tiende, no duda en cogerla. Se imaginaba que pesaría —a fin de cuentas, la caoba es una madera densa, y además quién sabe lo que puede haber dentro—, pero no. Podría hacerla botar arriba y abajo sobre sus manos entrelazadas. Gwendy explora con el dedo la superficie vítrea, ligeramente convexa, de los botones, y tiene casi la sensación de que los colores le iluminan la piel.

—¿Por qué? ¿Qué hacen?

—Ya hablaremos de eso después. Por ahora, fíjate en esas palanquitas. Es más fácil accionarlas que apretar los botones; con el meñique es suficiente. Cuando tires de la palanca de la izquierda, la que está al lado del botón rojo, te dará una sorpresa de chocolate con forma de animal.

—No... —empieza a decir Gwendy.

—No aceptas golosinas de desconocidos, lo sé —la interrumpe Farris, girando los ojos hacia arriba de tal manera que le provoca una risita—. ¿Eso no lo habíamos superado ya, Gwendy?

—No iba a decir eso. Lo que iba a decir es que no como *chocolate*. Este verano lo he dejado, porque ¿cómo voy a perder peso si me pongo morada a dulces? Créame, si empiezo, ya no puedo parar. Y el chocolate es lo peor. Soy como una adicta.

—Ah, pero ahí está la gracia de los bombones que esta caja dispensa —dice Richard Farris—. Son pequeños, no mucho mayores que una gominola, y muy dulces..., pero, después de tomarte uno, ya no tendrás ganas de más. Sentirás apetito a la hora de las comidas, pero no repetirás de nada. Y tampoco tendrás ningún antojo, y menos los que te dan por la noche y te estropean la línea.

Gwendy, que hasta este verano era aficionada a prepararse un sándwich de crema de cacahuets y malvaviscos más o menos una hora antes de irse a la cama, sabe perfectamente de lo que habla el hombre. Además, siempre acaba muerta de hambre después de sus carreras matutinas.

—Parece uno de esos productos milagrosos para hacer dieta —comenta

ella—. De esos que te dejan llena, pero luego no paras de hacer pis. Mi abuela probó algunas sustancias de esas y después de una semana se puso enferma.

—Pues no. Esto es solo chocolate. Pero *puro*, no como las chocolatinas de las tiendas. Adelante, saca uno.

Sopesa la idea, pero el dilema no dura mucho. Enrosca el dedo meñique en la palanca —es demasiado pequeña para manejarla con soltura con cualquiera de los otros— y tira de ella. La ranura se abre y se desliza hacia fuera una bandeja estrecha de madera, sobre la que descansa un conejo de chocolate, no mayor que una gominola, justo como describió el señor Farris.

La niña lo coge y lo mira atónita, maravillada.

—¡Hala, mire qué *pelo*! ¡Y las *orejas*! ¡Y qué *ojitos* más preciosos!

—Sí —asiente él—. Es bonito, ¿no? Venga, ¡cómetelo! ¡Rápido!

Gwendy obedece sin pensarlo ni un segundo, y una oleada de dulzura le inunda la boca. El señor Farris no se equivoca: ella nunca ha probado una barrita de chocolate Hershey tan rica. En realidad, no recuerda haber probado jamás *nada* tan rico. Y ese sabor tan delicioso no solo le colma la boca; conquista sus pensamientos por completo. Mientras se le derrite en la lengua, la bandejita se retira y la ranura se cierra.

—¿Está bueno? —pregunta el hombre.

—Mmmm. —Es lo único que alcanza a articular. Si se tratara de un dulce normal y corriente, ella se comportaría como una rata en un experimento científico y accionaría la palanca una y otra vez hasta que se rompiera o hasta que el dispensador dejara de dispensar. Pero el caso es que no quiere más. Y cree que tampoco se detendrá en el quiosco del otro lado del parque a comprar un granizado. Se le ha esfumado el hambre. De hecho, está...

—¿Estás saciada?

—¡Sí! —Esa es la palabra exacta, sí. Nunca se ha sentido tan satisfecha con nada, ni siquiera con la bici que le regalaron por su noveno cumpleaños.

—Bien. Mañana probablemente te apetezca otro, y podrás *comértelo* si quieres, porque tendrás la caja de botones. La caja te pertenece, al menos por ahora.

—¿Cuántos animales de chocolate hay dentro?

En lugar de responder a la pregunta, el hombre la invita a tirar de la palanca del otro lado.

—¿Esta da una golosina distinta?

—Prueba a ver.

La niña dobla el meñique alrededor de la palanca y tira de ella. Esta vez, en la bandeja que surge de la ranura aparece una moneda de plata, tan grande y brillante que tiene que entrecerrar los ojos ante la luz de la mañana que se refleja en ella. La bandeja se retira en cuanto coge la moneda, que se nota pesada en la mano. En ella se ve a una mujer de perfil, que lleva lo que parece una tiara. Debajo hay un semicírculo de estrellas, interrumpido por el año: 1891. Encima se leen las palabras *E Pluribus Unum*.

—Ahí tienes un dólar Morgan —le explica Farris en tono didáctico—. Casi media onza de plata pura. Lo acuñó el señor George Morgan, que solo contaba treinta años cuando grabó la efigie de Anna Willess Williams, una matrona de Filadelfia, para que ocupara lo que llamamos la «cara» de la moneda. En el lado de la «cruz» está el águila americana.

—Qué bonita —musita ella, y luego, con enorme renuencia, se la tiende al señor Farris, pero este cruza las manos sobre el pecho y niega con la cabeza.

—No es mía, Gwendy, sino tuya. Todo lo que salga de la caja te pertenece, las monedas y los bombones, porque la *caja* te pertenece. Por cierto, el valor numismático actual del dólar Morgan es algo menos de seiscientos dólares.

—Esto... no puedo aceptarlo —dice ella. Su voz le llega a los oídos desde muy lejos. Se siente como si fuera a desmayarse, como cuando empezó a subir a la carrera las Escaleras de los Suicidios hace dos meses—. No he hecho nada para ganármela.

—Pero lo harás. —De la chaqueta negra saca un anticuado reloj de bolsillo que dispara más flechas de sol a los ojos de Gwendy, salvo que estas no son de plata, sino doradas. Abre la tapa y consulta la esfera. Luego lo devuelve a su sitio.

—Me queda poco tiempo, así que mira los botones y escucha con atención. ¿De acuerdo?

—S-sí.

—Primero, guárdate el dólar de plata en el bolsillo. Te está distrayendo. Ella obedece. Lo nota presionándole el muslo, un pesado círculo.

—¿Cuántos continentes hay en el mundo, Gwendy? ¿Lo sabes?

—Siete —responde ella. Eso lo aprendieron en tercer o cuarto curso.

—Exacto. Ahora bien, dado que a efectos prácticos la Antártida está desierta, no viene representada aquí..., salvo por el botón negro, claro, pero ya llegaremos a eso. —Empieza a tocar suavemente, una tras otra, las

superficies convexas de los botones dispuestos en parejas—. Verde claro: Asia. Verde oscuro: África. Naranja: Europa. Amarillo: Oceanía. Azul: América del Norte. Violeta: América del Sur. ¿Me sigues? ¿Te acordarás?

—Sí. —Lo afirma sin vacilar. Aparte de que siempre ha gozado de buena memoria, se le ocurre la idea descabellada de que ese maravilloso bombón que ha ingerido fortalece aún más su concentración. No sabe si entiende el significado de todo esto, pero ¿acordarse de qué color representa a cada continente? Totalmente—. ¿Qué es el rojo?

—Cualquier cosa que desees —indica él—, y en algún momento *querrás* algo, el dueño de la caja siempre quiere algo. Es normal. El anhelo de saber y de hacer cosas es lo que define a la raza humana. ¡La exploración, Gwendy! ¡La enfermedad y la cura!

Ya no estoy en Castle Rock, piensa Gwendy. He entrado en uno de esos lugares de los libros que me gustan. Oz, o Narnia, o Hobbiton. Esto no puede estar pasando.

—Solo recuerda —prosigue él— que el botón rojo es el único que puedes usar más de una vez.

—¿Y el negro?

—El negro significa todo —dice Farris, y se levanta—. El tinglado entero. El no va más, como diría tu padre.

Ella lo mira con los ojos como platos. Su padre *sí* que dice eso.

—¿Cómo sabe que mi pa...?

—Siento interrumpirte, es de muy mala educación, pero de verdad que tengo que marcharme. Cuida de la caja. Otorga regalos, aunque son pequeñas recompensas por la responsabilidad. Y ten cuidado. Si tus padres la encuentran, te harán preguntas.

—Ay, qué novedad, ¿no las hacen siempre? —replica Gwendy, y deja escapar el murmullo ahogado de una carcajada. Siente como si le hubieran propinado un puñetazo en el estómago—. Señor Farris, ¿por qué me da esto a mí? ¿*Por qué yo?*

—En este mundo nuestro —declara Farris, bajando la mirada hacia ella— hay escondidos grandes arsenales de armas que podrían destruir toda forma de vida en este planeta durante un millón de años. Los hombres y mujeres que están a cargo de ellos se hacen esa misma pregunta todos los días. Te ha tocado a ti porque eres la mejor opción de entre quienes viven en este lugar y en este tiempo. Cuida de la caja. Te aconsejo que no permitas que *nadie* la

encuentre, y no me refiero solo a tus padres, porque la gente es curiosa. Cuando ven una palanca, les entran ganas de tirar de ella. Y cuando ven un botón, les entran ganas de apretarlo.

—Pero ¿qué pasará si lo hacen? ¿Qué pasará si lo hago yo?

Richard Farris se limita a sonreír y a menear la cabeza, y luego echa a andar hacia el risco, donde una señal reza: ¡PRECAUCIÓN! ¡PROHIBIDO EL PASO A LOS NIÑOS MENORES DE 10 AÑOS QUE NO VAYAN ACOMPAÑADOS DE UN ADULTO! Entonces se gira.

—¡Dime una cosa, Gwendy! ¿Por qué las llaman las Escaleras de los Suicidios?

—Porque un hombre se tiró desde arriba en 1934 o por ahí —explica ella. Sostiene la caja de botones en el regazo—. Y luego también una mujer, hace cuatro o cinco años. Mi padre dice que en las reuniones municipales se habló de quitarlas, pero en el ayuntamiento todos son republicanos, y los republicanos odian los cambios. Bueno, eso dice mi padre. Uno de ellos dijo que las escaleras son una atracción turística, que supongo que sí, y que un suicidio cada treinta y cinco años o así en realidad no era tan malo. Dijo que, si se convertía en una moda, cambiarían el voto.

El señor Farris esboza una sonrisa.

—¡Estos pueblos pequeños...! ¡Si es que hay que quererlos!

—He contestado a su pregunta, conque conteste usted a la mía. ¿Qué pasa si aprieto uno de los botones? ¿Qué pasa si aprieto el de África, por ejemplo? —Y en cuanto el pulgar roza el botón verde oscuro, siente la necesidad (no muy fuerte, pero apreciable) de pulsarlo y averiguarlo por sí misma.

La sonrisa del hombre se ensancha, y no es precisamente agradable, en opinión de Gwendy Peterson.

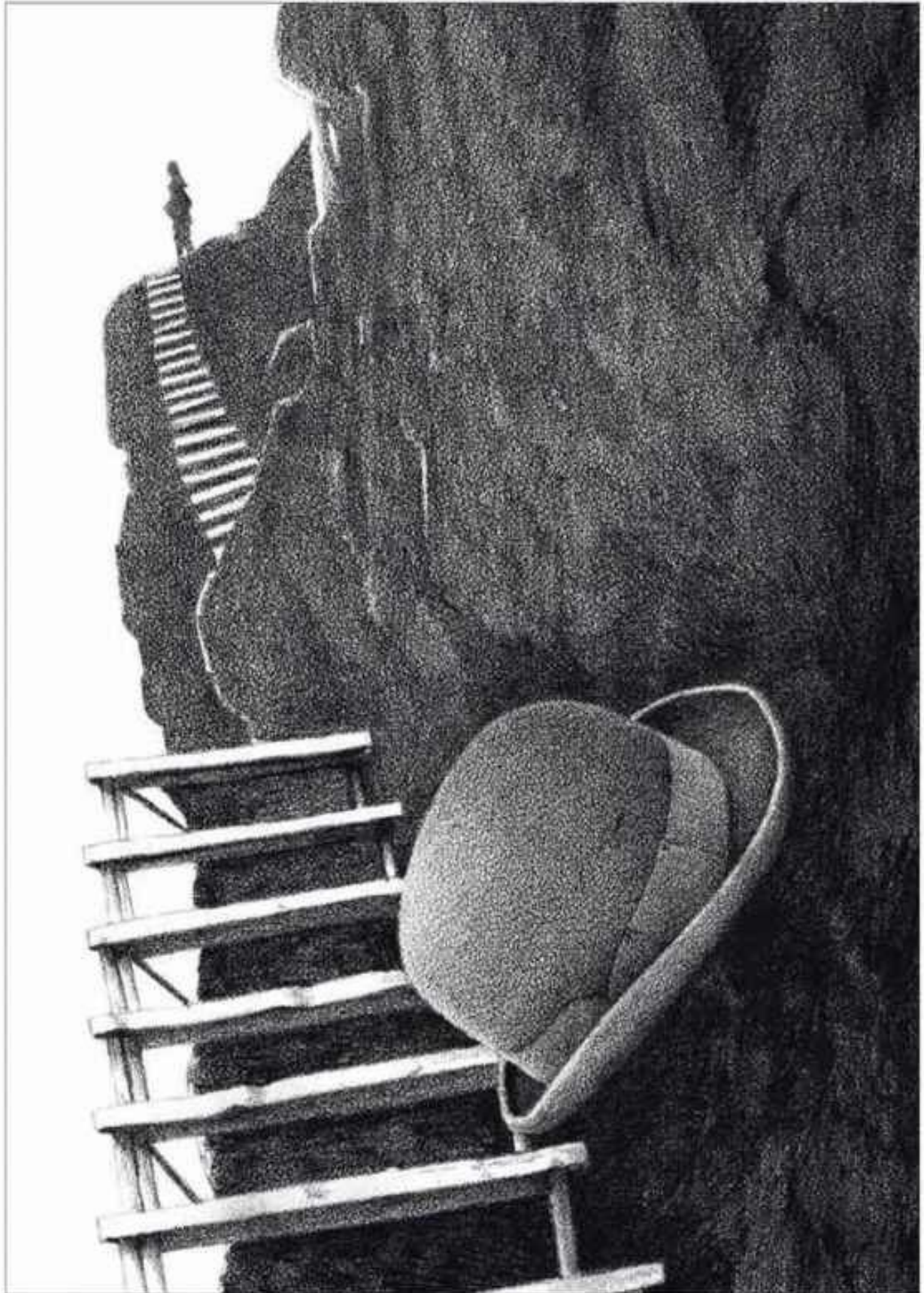
—¿Por qué preguntas lo que ya sabes?

Antes de que la chica pueda pronunciar palabra, él ya ha empezado a descender las escaleras. Ella se sienta en el banco durante un instante y entonces se levanta, corre hacia el mirador de hierro oxidado y escruta la bajada. Aunque el señor Farris no ha tenido tiempo suficiente de llegar al suelo —ni de lejos—, ha desaparecido. O casi. A medio camino, unos ciento cincuenta peldaños de hierro más abajo, está su pequeño y pulcro sombrero negro, bien por abandono, bien por haber sido arrastrado por el viento.

Gwendy vuelve al banco y guarda la caja de botones —su caja de botones

— en la bolsa de lona con cordón y luego desciende las escaleras, asiendo en todo momento la barandilla. Cuando llega al sombrero redondo, piensa en recogerlo, pero en lugar de eso le propina una patada y lo sigue con la mirada mientras cae dando vueltas hasta aterrizar sobre la maleza de abajo. Cuando regresa más tarde ese mismo día, ya no está.

Es 22 de agosto de 1974.



Su padre y su madre trabajan los dos, de manera que, cuando Gwendy vuelve a la casa estilo Cape Cod de la calle Carbine, la tiene para ella sola. Esconde la caja de botones debajo de la cama y la deja allí por espacio de diez minutos antes de darse cuenta de que no es buena idea. Ella mantiene su cuarto razonablemente ordenado, pero su madre pasa la aspiradora de vez en cuando y cambia las sábanas todos los sábados por la mañana (una tarea que ella insiste en que le tocará a Gwendy cuando cumpla los trece, menudo regalo de cumpleaños). Mamá no debe encontrar la caja, porque las madres lo quieren saber todo.

Luego contempla la idea del desván, pero ¿y si sus padres se deciden por fin a limpiarlo y organizar un rastrillo en lugar de limitarse a hablar de ello? Lo mismo vale para el trastero de encima del garaje. Gwendy tiene un pensamiento (novedoso ahora por sus implicaciones adultas pero que más adelante se convertirá en una tediosa certeza): los secretos son un problema, quizá el mayor problema de todos. Pesan sobre la conciencia y roban espacio al mundo.

Entonces se acuerda del roble del jardín de atrás, el que, a modo de columpio, tiene colgado un neumático que ya casi nunca usa —con doce años, es demasiado mayor para esos entretenimientos de niña pequeña—. Hay una caverna poco profunda bajo las raíces nudosas del árbol. Solía acurrucarse ahí a veces, cuando jugaba al escondite con sus amigos. Ahora ya no cabe (*Creo que podrías alcanzar el metro setenta y cinco, o más, antes de que acabes*, le dijo el señor Farris), pero parece el hueco perfecto para una caja; además, en caso de que llueva, la bolsa de lona la mantendrá seca. Aunque, si cae un *diluvio*, tendrá que salir a salvarla.

La guarda allí, echa a andar de vuelta hacia la casa y entonces recuerda el

dólar de plata. Regresa al árbol y lo mete en la bolsa con la caja.

Gwendy cree que cuando sus padres vuelvan a casa percibirán que le ha pasado algo raro, que ha cambiado, pero eso no ocurre. Se hallan inmersos en sus propios asuntos, como de costumbre —papá, con los de la aseguradora; mamá, con los del concesionario Ford de Castle Rock, donde tiene un empleo de secretaria—, y se han tomado alguna copa, por supuesto. Como siempre. Gwendy se sirve una ración de todo en la cena y limpia su plato, pero rechaza una porción de la tarta de chocolate que papá ha comprado en la Panadería Castle Rock, al lado de donde trabaja.

—Vaya por Dios, ¿estás enferma? —pregunta papá.

Gwendy sonríe.

—Seguramente.

Está convencida de que permanecerá despierta hasta bien tarde, pensando en su encuentro con el señor Farris y en la caja de botones oculta bajo el roble del jardín, pero no. Piensa: *Verde claro el de Asia, verde oscuro el de África, amarillo el de Oceanía...*, y en ese punto la derrota el sueño y duerme hasta la mañana siguiente, cuando llega la hora de desayunar un gran tazón de cereales con fruta y luego atacar las Escaleras de los Suicidios una vez más.

Al regresar, con fuego en los músculos y bramidos en el estómago, desentierra la bolsa de debajo del árbol, extrae la caja y se vale del meñique para tirar de la palanca de la izquierda, la que está cerca del botón rojo (*Cualquier cosa que desees*, le contestó el señor Farris después de que ella le preguntara por él). La ranura se abre y la bandeja se desliza hacia fuera. Sobre ella aparece una tortuga de chocolate, pequeña pero perfecta, el caparazón un prodigio de placas grabadas. Se echa la tortuga a la boca. La dulzura florece. El hambre se esfuma, aunque, cuando llegue la hora de comer, dará buena cuenta del sándwich de mortadela y queso que su madre le ha dejado preparado, además de una ensalada con aliño francés y un vaso grande de leche. Dedica una mirada a la tarta que sobró la noche anterior, que está guardada en un recipiente de plástico. Tiene buena pinta, pero se trata tan solo de una apreciación intelectual. Se sentiría del mismo modo al contemplar una viñeta espectacular a doble página en un cómic de *Doctor Extraño*, pero no querría comérsela, como tampoco quiere comer ni un trocito de tarta.

Un poco después coge la bici y se va con su amiga Olive; las dos pasan el resto de la tarde en el dormitorio de esta, escuchando discos y hablando del

próximo curso. La perspectiva de ir la Escuela de Educación Media de Castle Rock las llena de terror y entusiasmo.

Ya de regreso en casa, y antes de que lleguen sus padres, Gwendy vuelve a sacar de su escondite la caja de botones y tira de lo que llamará la Palanca del Dinero. No sucede nada; la ranura ni siquiera se abre. Bueno, no le preocupa. Quizá debido a que es hija única y no le hace falta competir, Gwendy no es avariciosa. Cuando se acaben las chocolatinas, las echará de menos más que a los dólares de plata. Espera que eso no ocurra pronto, pero, cuando ya no queden, pues vale. *C'est la vie*, como le gusta decir a su padre. O *la merde ça arrive*, que significa que estas mierdas pasan.

Antes de guardar la caja, mira los botones y nombra los continentes que representan. Los acaricia uno a uno. La atraen; le gusta la manera en que cada uno parece impregnarla de un color distinto, pero evita acercar la mano al negro. Ese le da miedo. Bueno..., en realidad todos dan un poco de miedo, pero el negro es como un lunar oscuro anormalmente grande, feo y quizá canceroso.

El sábado, los Peterson se montan en la ranchera Subaru y van a visitar a la hermana de papá, que vive en Yarmouth. Por lo general, Gwendy disfruta de estas visitas, porque las hijas gemelas de la tía Dottie y el tío Jim tienen casi exactamente su edad y las tres siempre se lo pasan bien juntas. Los sábados por la noche suele haber una sesión de cine (en esta ocasión, un programa doble en el autocine de Pride's Corner: *Un botín de 500.000 dólares y 60 segundos*) y las chicas se tumban en el suelo, en sacos de dormir, y se ponen a charlar si la película las empieza a aburrir.

Gwendy también se divierte esta vez, pero sus pensamientos no cesan de regresar a la caja de botones. ¿Y si alguien la encuentra y la roba? Aunque sabe que es improbable —un ladrón desvalijaría la casa, pero no se pondría a registrar las raíces de los árboles del jardín—, la idea la obsesiona. Por un lado se debe a una actitud posesiva, porque la caja le *pertenece*; por otro, al ansia de las figuritas de chocolate. Sin embargo, la mayor parte tiene que ver con los botones. Un ladrón se fijaría en ellos, se preguntaría por su función y los pulsaría. ¿Y entonces? Sobre todo, ¿qué ocurriría si apretara el negro? En su mente ya se refiere a él como el Botón del Cáncer.

Cuando su madre anuncia que quiere marcharse temprano el domingo (se celebra una reunión de su organización benéfica de mujeres, y este año la señora Peterson ostenta el cargo de tesorera), Gwendy se siente aliviada. Al

llegar a casa, se enfunda los vaqueros viejos y sale al jardín. Se mece en el neumático durante un rato; al cabo finge que se le ha caído algo y se agacha, apoyándose sobre una rodilla, como para buscarlo. Lo que en realidad busca es la bolsa de lona. La encuentra justo en el sitio en que le corresponde estar..., pero eso no le basta. Con disimulo, alarga el brazo entre dos de las nudosas raíces y tantea la caja en el interior. Cuando nota la forma convexa de uno de los botones bajo los dedos índice y corazón, retira rápido la mano, como si hubiera tocado un horno caliente. Aun así, se siente aliviada, al menos hasta que una sombra se cierne sobre ella.

—¿Quieres que te columpie, cielo? —le pregunta su padre.

—No —responde ella, que se apresura a levantarse y se limpia las rodillas—. Ya soy demasiado grande para la rueda. Creo que entraré a ver la tele.

Su padre le da un abrazo, le sube las gafas, que se le han resbalado por la nariz, y luego le desenreda los cabellos rubios con los dedos.

—Estás creciendo mucho —observa él—. Pero siempre serás mi niña pequeña. ¿Verdad, Gwennie?

—Claro que sí, papi —asiente ella y se dirige adentro. Antes de encender el televisor, echa una ojeada al jardín por la ventana de encima del fregadero (ya no tiene que ponerse de puntillas para asomarse). Observa a su padre balancear el neumático y espera a ver si se arrodilla, quizá curioso por saber qué buscaba ella. O qué miraba. Cuando, en lugar de eso, se da la vuelta y se encamina hacia el garaje, Gwendy entra en la sala de estar, sintoniza el canal en el que emiten *Soul Train* y baila al son de Marvin Gaye.

El lunes, cuando regresa de subir corriendo las Escaleras de los Suicidios, la palanca junto al botón rojo le dispensa un gatito de chocolate. Prueba con la otra palanca, sin esperar nada en realidad, pero la ranura se abre, la bandeja se desliza hacia fuera y aparece otro dólar de plata de 1891 sin una sola marca ni arañazo en ninguna de las caras, la clase de moneda que llegará a conocer como «no circulada». Gwendy resopla y empaña las facciones de Anna Willess Williams, y luego, frotándola en la camiseta, vuelve a sacarle brillo a la difunta matrona de Filadelfia. Ahora tiene dos dólares de plata y, si el señor Farris acierta en cuanto a su valor, es casi suficiente dinero para pagar la matrícula de un curso en la Universidad de Maine. Lo bueno es que aún le faltan años para ir a la facultad, porque ¿cómo iba a vender una niña de doce años unas monedas tan valiosas? ¡La de preguntas que suscitarían!

¡Imagínate la de preguntas que suscitaría la caja!

Vuelve a tocar los botones, uno a uno, evitando el horrible negro, pero esta vez se entretiene en el rojo, describiendo con la punta del dedo un círculo tras otro, sintiendo la extraña combinación de angustia y placer sensual. Al final devuelve la caja a la bolsa, la esconde y se monta en la bici para ir a casa de Olive. Allí hacen hojaldres de fresa bajo la mirada vigilante de la madre de Olive; luego suben arriba y vuelven a escuchar de nuevo sus discos. La puerta se abre y entra su madre, pero no les ordena que bajen el volumen, como las dos chicas esperan. No, ella también quiere bailar. Es divertido. Las tres bailan y ríen como posesas y, cuando Gwendy regresa a su casa, da cuenta de una buena comida.

Pero no repite.

Resulta que la Escuela de Enseñanza Media de Castle Rock no es tan mala. Gwendy reconecta con sus viejos amigos y hace algunos nuevos. Se percata de que algunos chicos la miran, pero eso está bien, porque ninguno de ellos es Frankie Stone y ninguno de ellos la llama Goodyear. Gracias a las Escaleras de los Suicidios, ese mote ha quedado enterrado. En octubre, le regalan por su cumpleaños un póster de Robby Benson, un televisor pequeño para su cuarto (madre mía, qué gozada) y lecciones de cómo cambiar sus propias sábanas (que no es una gozada, pero tampoco es malo). Entra en los equipos femeninos de fútbol y de atletismo, donde no tarda mucho en destacar.

Las figuritas de chocolate no cesan de aparecer, nunca dos iguales, siempre con un nivel de detalle asombroso. Cada una o dos semanas aparece también un dólar de plata, siempre fechado en 1891. Sus dedos se detienen sobre el botón rojo por momentos cada vez más prolongados y a menudo se oye a sí misma susurrando: «Cualquier cosa que desees, cualquier cosa que desees».

La señorita Chiles, la profesora de Historia de Gwendy este curso, es joven y guapa y está entregada a la labor de hacer sus clases tan interesantes como sea posible. Sus intentos resultan a veces un poco patéticos, pero de vez en cuando tienen un éxito sensacional. Justo antes de las vacaciones de Navidad, anuncia que la primera clase del nuevo año será el Día de la Curiosidad. Todos los alumnos deberán pensar en un hecho histórico que les intrigue y la señorita Chiles procurará satisfacer su curiosidad. Si no lo consigue, propondrá la cuestión a la clase para que se debata y se especule.

—Pero no preguntéis sobre la vida sexual de los presidentes —advierte, lo que provoca rugidos de carcajadas en los chicos y risitas histéricas en las chicas.

Cuando llega el día, las preguntas cubren un amplio espectro de temas. Frankie Stone quiere saber si los aztecas devoraban de verdad corazones humanos y Billy Day quiere saber quién construyó las estatuas de la isla de Pascua, pero la mayoría de las preguntas del Día de la Curiosidad de enero de 1975 plantean situaciones hipotéticas. ¿Y si el Sur hubiera ganado la Guerra Civil? ¿Y si George Washington hubiera muerto, quién sabe, de hambre o congelado en el valle Forge? ¿Y si Hitler se hubiera ahogado en la bañera cuando era un bebé?

Cuando le toca el turno a Gwendy, está preparada, aunque un poco nerviosa igualmente.

—La verdad es que no sé si la mía se ajusta a la tarea o no —admite—, pero creo que a lo mejor podría implicar..., o sea..., tener..., eh...

—¿Implicaciones históricas? —pregunta la señorita Chiles.

—¡Sí! ¡Eso!

—Bien. Vamos a oírla.

—¿Y si tuviera usted un botón, un botón mágico especial, y cuando lo pulsara pudiera matar a alguien, o tal vez hacer que desaparezca, o volar por los aires cualquier lugar que se le ocurra? ¿A qué persona haría usted desaparecer o qué sitio volaría?

Un silencio respetuoso cae sobre la clase mientras reflexionan sobre este concepto maravillosamente sanguinario, pero la señorita Chiles frunce el ceño.

—Por regla general —responde al cabo—, borrar a la gente de la existencia mediante un asesinato o una desaparición es muy mala idea. Igual que volar por los aires un lugar, *sea cual sea*.

—¿Y qué pasa con Hiroshima y Nagasaki? —inquire Nancy Riordan—. ¿Está diciendo que volarlas fue algo malo?

La pregunta parece pillar por sorpresa a la señorita Chiles.

—No, no exactamente —contesta la profesora—, pero piensa en todos los civiles inocentes que murieron al bombardear esas ciudades. Mujeres y niños. Bebés. ¡Y piensa en la radiación posterior, que mató todavía a más gente!

—Eso lo entiendo —interviene Joey Lawrence—, pero mi abuelo luchó contra los japos en la guerra, estuvo en Guadalcanal, y en Tarawa, y decía que muchos de sus compañeros murieron. Decía que fue un milagro que *él* saliera con vida. El abuelo dice que tirar esas bombas nos libró de invadir Japón, y que habríamos perdido millones de hombres si hubiéramos tenido

que hacerlo.

La idea de matar a alguien (o hacerlo desaparecer) ha quedado olvidada, en cierto modo, pero a Gwendy no le importa. Absorta, se limita a escuchar.

—Es muy buen argumento —observa la señorita Chiles—. A ver, clase, ¿qué opináis? ¿Destruiríais un lugar si pudierais, a pesar de la pérdida de vidas civiles? Y, en ese caso, ¿qué sitio y por qué?

Hablan sobre ello durante el resto de la clase. Hanói, propone Henry Dussault. Para eliminar a ese Ho Chi Minh y que la estúpida guerra de Vietnam acabe de una vez por todas. Muchos asienten. Ginny Brooks cree que sería genial poder arrasar Rusia. Mindy Ellerton está a favor de eliminar China, porque su padre dice que los chinos son muchos y están dispuestos a iniciar una guerra nuclear. Frankie Stone sugiere deshacerse de los guetos americanos, donde viven «los negros esos que fabrican droga y matan polis».

Después del colegio, mientras Gwendy saca su Huffy de la rejilla para bicicletas, la señorita Chiles se le acerca, sonriendo.

—Quería darte las gracias por tu pregunta —le dice—. Al principio me quedé un poco espantada, pero ha resultado ser una de las mejores clases que hemos tenido este año. Creo que han participado todos menos tú, cosa que me extraña, dado que tú planteaste la pregunta. ¿Hay algún lugar que volarías si tuvieras ese poder? ¿O alguien..., eh..., de quien te desharías?

Gwendy le devuelve la sonrisa.

—No lo sé. Por eso hice la pregunta.

—Menos mal que en la vida real no existe un botón así —dice la señorita Chiles.

—Pero sí que existe —replica Gwendy—. Nixon tiene uno, igual que Brezhnev. Y hay otros que también lo tienen.

Habiéndole enseñado a la señorita Chiles esta lección —no de historia, sino de hechos actuales—, Gwendy se aleja pedaleando en una bici que se le está quedando pequeña a pasos agigantados.

En junio de 1975, Gwendy deja de ponerse las gafas.

Y la señora Peterson se lo recrimina.

—Sé que, a tu edad, las chicas ya empezáis a pensar en chicos, no te creas que me he olvidado de todo lo que significa tener trece años, pero eso de que los chavales no se quieren ligar a las chicas con gafas es, y no le cuentes a tu padre que he dicho esto, una gilipollez. La verdad, Gwennie, es que los chicos le tiran los tejos a cualquier cosa que lleve falda y, bueno, de todas formas tú todavía eres demasiado joven para ese tema.

—Mamá, ¿cuántos años tenías cuando te liaste por primera vez con un chico?

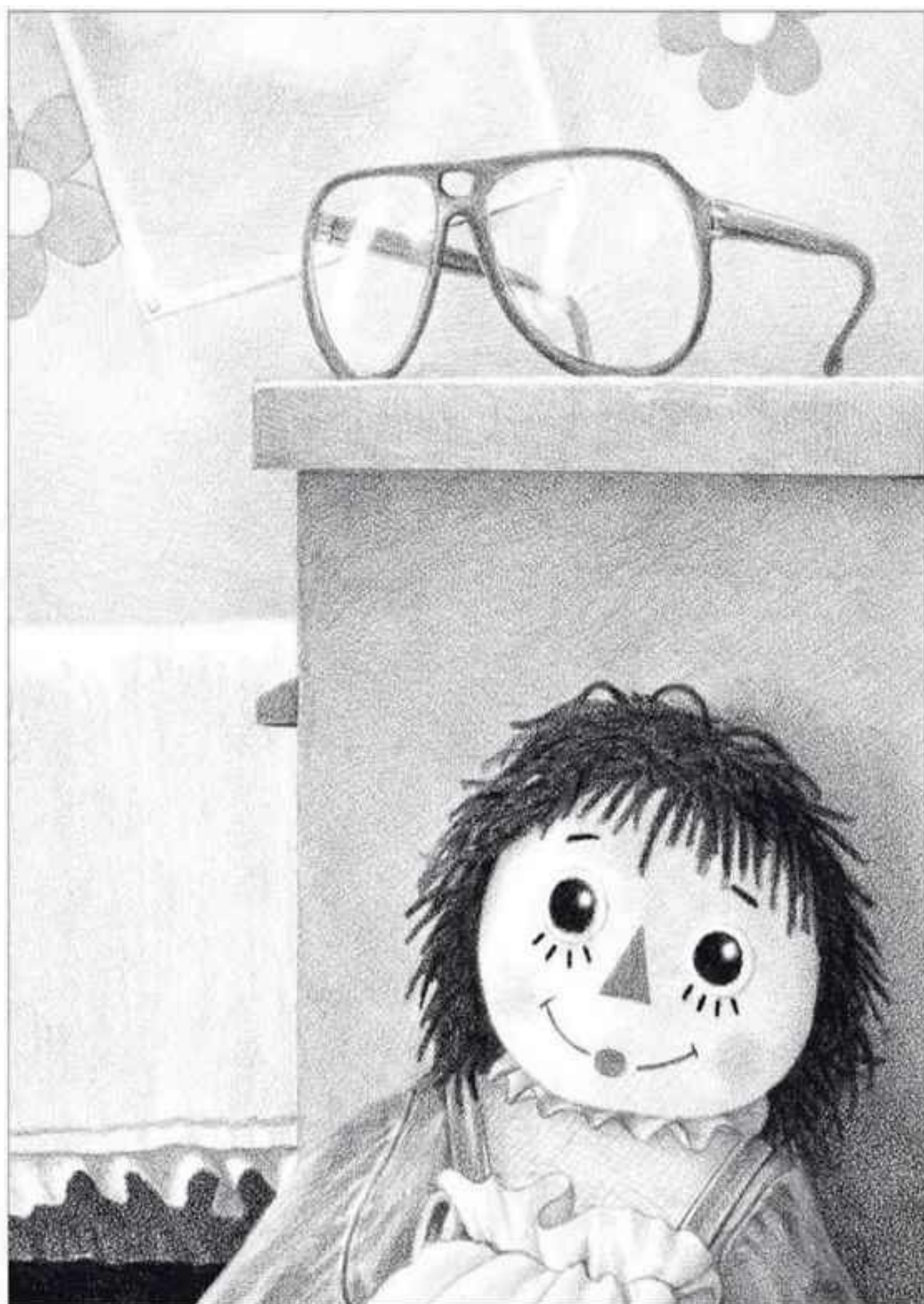
—Dieciséis —responde la señora Peterson sin vacilar. En realidad, tenía once años cuando se besó con Georgie McClelland, en el altillo del granero de los McClelland. Se lo montaron de lo lindo—. Escucha, Gwennie, con gafas o sin ellas, eres una chica guapísima.

—Eres muy amable —dice Gwendy—, pero la verdad es que veo mejor sin ellas. Me hacen daño en los ojos.

La señora Peterson no se lo traga, de modo que lleva a su hija al doctor Emerson, el oculista residente de Castle Rock. Él tampoco se lo cree..., al menos hasta que Gwendy le tiende las gafas y a continuación lee toda la tabla optométrica de arriba abajo.

—Bueno, ¡que me zurzan! —exclama el médico—. Sabía de casos similares, pero son extremadamente raros. Debes de haber comido un montón de zanahorias, Gwendy.

—Será eso, supongo —asiente ella con una sonrisa mientras piensa: *Chocolate, eso he comido. Animales de chocolate mágico. Y no se terminan nunca.*



La preocupación de Gwendy por que alguien descubra o robe la caja es como un constante murmullo de fondo en su cabeza, pero en ningún momento llega a regir su vida. Se le ocurre que esa quizá sea una de las razones de que el señor Farris se la diera. De que la hubiera nombrado *la elegida*.

En clase le va bien, interpreta un papel importante en la obra de teatro de octavo (y no olvida ninguna de sus frases), continúa en el equipo de atletismo. Nada supera la sensación que experimenta en la pista; cuando le sube la adrenalina, hasta el murmullo de fondo se diluye. A veces culpa al señor Farris por endilgarle la responsabilidad de la caja, pero la mayor parte del tiempo no. Como él le explicó, otorga regalos. *Pequeñas recompensas*, los denominó, pero a Gwendy no le parecen tan pequeñas; tiene mejor memoria, ya no la invade el ansia de comerse todo el contenido del frigorífico, su vista es perfecta, corre como el viento; y hay una cosa más. Su madre le ha dicho que está guapísima, pero su amiga Olive se atreve a ir más lejos:

—Madre mía, si eres un bellezón —le suelta a Gwendy un día, aunque no parece que eso le alegre. Se encuentran de nuevo en el cuarto de Olive, esta vez hablando sobre los misterios del instituto, que pronto empezarán a desentrañar—. Ya no llevas gafas y no tienes ni una puñetera espinilla. No es justo. Tendrás que quitarte a los tíos de encima con un palo.

Gwendy se lo toma a risa, pero sabe que Olive no anda muy desencaminada. Es realmente guapa y la belleza total no queda fuera del reino de la posibilidad en algún momento del futuro. Tal vez para cuando llegue a la universidad. Salvo que, cuando se marche a la facultad, ¿qué hará con la caja de botones? No puede abandonarla simplemente bajo el árbol del

jardín, ¿verdad?

Henry Dussault la invita al baile de novatos que se celebra en su primer viernes de instituto, le coge la mano en el camino de vuelta a casa y le da un beso en la puerta del hogar de los Peterson. No está mal lo de besarse, salvo por el aliento, un tanto repugnante, de Henry. Espera que el próximo chico con el que se pegue el lote se enjuague la boca con Listerine de manera habitual.

Se despierta a las dos de la madrugada después del baile, tapándose la boca con las manos para reprimir un grito, aún en las garras de la pesadilla más vívida que haya sufrido nunca. En ella se asomaba por la ventana sobre el fregadero de la cocina y veía a Henry sentado en el columpio de neumático (que en realidad el padre de Gwendy ha retirado hace un año). Sostenía la caja de botones en el regazo. Gwendy salía a la carrera, advirtiéndole a gritos que no pulsara ninguno, sobre todo que no pulsara el negro.

Ah, *¿quieres decir este?*, preguntaba Henry con una mueca burlona, y entonces bajaba el pulgar y apretaba el Botón del Cáncer.

Por encima de ellos, el cielo se oscurecía. El suelo empezaba a retumbar, parecía respirar como un ser vivo. Gwendy sabía que monumentos emblemáticos del mundo entero estaban derrumbándose y que el nivel de los mares estaba elevándose. En momentos —*en meros instantes*— el planeta explotaría como una manzana con un petardo insertado en ella, y entre Marte y Venus no quedaría nada salvo un segundo cinturón de asteroides.

—Un sueño —dice Gwendy, acercándose a la ventana de su dormitorio—. Un sueño, ha sido un sueño, nada más que un sueño.

Sí. El árbol sigue allí, ahora despojado del columpio; no hay rastro de Henry Dussault. Sin embargo, si le echara mano a la caja y supiera qué representa cada botón, ¿qué haría? ¿Pulsaría el rojo y volaría Hanói? ¿O gritaría «¡Al diablo con todo!» y pulsaría el verde claro?

—Y arrasaría toda Asia —murmura. Porque, sí, en eso consiste la función de los botones. Lo supo desde el principio, justo como insinuó el señor Farris. El violeta vuela América del Sur; el naranja, Europa; el rojo hace cualquier cosa que uno desee, lo que sea que uno esté pensando. ¿Y el negro?

El negro acaba con todo.

—No puede ser —murmura para sí mientras regresa a la cama—. Es una locura.

Solo que el mundo es una locura. Basta con ver las noticias para darse

cuenta.

El siguiente día de colegio, cuando vuelve a casa, Gwendy baja al sótano con un martillo y un cincel. Las paredes son de piedra y consigue sacar una en el rincón más alejado. Usa el cincel para hacer más hondo el agujero, para que la caja de botones quepa en él. No deja de mirar el reloj mientras trabaja, consciente de que su padre llegará a casa a las cinco y su madre, como muy tarde, a las cinco y media.

Se dirige corriendo al árbol, coge la bolsa de lona que contiene la caja de botones y los dólares de plata (las monedas ya pesan mucho más que la caja, aunque *proceden* de esta) y vuelve a la casa a toda prisa. El escondite es lo bastante grande. Y la piedra encaja en su sitio como la última pieza de un rompecabezas. Por si acaso, arrastra una vieja cómoda hasta plantarla delante y por fin se siente tranquila. Henry ya no podrá encontrarla. *Nadie* podrá encontrarla.

—Debería tirar ese maldito trasto al lago —murmura mientras sube las escaleras del sótano—. Y terminar con todo.

Pero sabe que jamás sería capaz. Ahora le pertenece, al menos hasta que el señor Farris regrese para reclamarla. A veces tiene esa esperanza. Y otras veces espera que nunca lo haga.

Cuando el señor Peterson llega a casa, observa a Gwendy con cierta preocupación.

—Estás sudando —señala—. ¿Te encuentras mal?

Ella sonríe.

—He estado corriendo, nada más. Estoy bien.

Y, en gran medida, es cierto.

El verano tras el primer año de instituto Gwendy se siente *muy* bien, realmente.

De entrada, ha crecido más de dos centímetros desde que acabaron las clases y, aunque ni siquiera es el Cuatro de Julio todavía, luce un bronceado de escándalo. A diferencia de la mayoría de sus compañeros, Gwendy nunca había tomado mucho el sol. Lo cierto es que el verano anterior fue el primero de su vida en que se atrevió a llevar un bañador en público, e incluso entonces se decantó por uno recatado, de una pieza. Una tarde, en la piscina municipal, su mejor amiga Olive la vaciló llamándolo «bañador de abuela».

Pero eso fue entonces y esto es ahora: se acabaron los bañadores de abuela. A principios de junio, la señora Peterson y Gwendy fueron a la galería comercial del centro de Castle Rock y volvieron a casa con un par de coloridos bikinis —uno, amarillo canario; el otro, de un intenso color rojo con lunares blancos— y chanclas a juego. El bikini amarillo pronto se convierte en el favorito de Gwendy. Nunca lo admitirá ante nadie, pero en la intimidad de su cuarto, cuando se contempla en el espejo de cuerpo entero, piensa en su fuero interno que se parece a la chica que anuncia el protector solar de Coppertone. Esto nunca deja de complacerla.

No obstante, no solo se trata de unas piernas bronceadas y unos bikinis diminutos de lunares. También han mejorado otras cosas. Sus padres, por ejemplo. Ella nunca habría llegado al extremo de calificar a sus padres de alcohólicos —no del todo y jamás se lo habría confesado a nadie en voz alta—, pero sabe que antes bebían demasiado; cree conocer la razón: en algún momento, más o menos en la época en que Gwendy iba a tercero, sus padres habían perdido el amor. Igual que en las películas. Los martinis nocturnos y la sección de economía del periódico (para el señor Peterson) y los cócteles

de ginebra y las novelas románticas (para la señora Peterson) habían sustituido a los paseos familiares por el barrio después de la cena y a los rompecabezas en la mesa del comedor.

Durante buena parte de sus años en la escuela primaria, Gwendy había sufrido este deterioro familiar con una sensación de muda preocupación. Nadie pronunció una palabra sobre lo que ocurría y ella tampoco habló una palabra con nadie, y mucho menos con su madre o con su padre. Ni siquiera habría sabido cómo iniciar una conversación así.

Entonces, no mucho después de que apareciera la caja de botones, todo empezó a cambiar.

Una noche, el señor Peterson llegó temprano del trabajo con un ramo de margaritas (las flores favoritas de la señora Peterson) y la noticia de un ascenso inesperado en la aseguradora. Celebraron este golpe de buena suerte con una cena consistente en pizza y copas de helado, seguida de —sorpresa— un largo paseo por el vecindario.

Después, a principios del invierno pasado, Gwendy se dio cuenta de que habían dejado la bebida. No solo reducido su consumo, sino dejado por completo. Un día, después del colegio, antes de que sus padres llegaran del trabajo, registró la casa de arriba abajo y no encontró ni una sola botella de alcohol en ninguna parte. Hasta el frigorífico viejo del garaje estaba vacío, nada de la cerveza favorita del señor Peterson, Black Label. La había sustituido una caja de refrescos de zarzaparrilla.

Esa noche, mientras su padre encargaba unos espaguetis a Gino's, Gwendy le preguntó a su madre si de verdad habían dejado de beber. La señora Peterson se echó a reír.

—Si te refieres a si nos hemos apuntado a Alcohólicos Anónimos o si le hemos jurado al padre O'Malley no volver a probar ni una gota, la respuesta es no.

—Bueno, y... ¿de quién partió la idea? ¿De ti o de él?

La señora Peterson parecía confundida.

—Creo que ni siquiera hablamos de ello.

Gwendy no insistió. Parecía pertinente otro de los dichos de su padre: *A caballo regalado no le mires el dentado*.

Y luego, justo una semana después, la guinda de este milagro menor: Gwendy salió al jardín a pedirle a su padre que la acercara a la biblioteca y se sobresaltó al hallar al señor y la señora Peterson cogidos de la mano y

sonriéndose el uno al otro. Estaban simplemente allí plantados de pie, con sus chaquetones de invierno, su aliento helado suspendido en el aire, mirándose a los ojos como amantes encontrados de *Los días de nuestra vida*. Gwendy se paró en seco, boquiabierta, y se imbuyó de esa estampa. Le escocieron los ojos por las lágrimas. No los había visto mirándose de esa forma desde hacía no sabía cuánto. Quizá desde nunca. Paralizada a los pies de los escalones en la entrada de la cocina, con las orejeras colgando de una mano enguantada, se acordó del señor Farris y su artefacto mágico.

Esto lo ha hecho la caja. No entiendo cómo ni por qué, pero es gracias a la caja. Y no me afecta solo a mí. Es como una especie de..., no sé...

—Paraguas —murmura, y comprende que el símil es perfecto. Un paraguas que podría proteger a su familia tanto del sol excesivo como de la lluvia. Todo iba bien y, mientras no se levantara un viento fuerte que volviera el paraguas del revés, seguiría yendo bien. ¿Y qué razón habría para que tal cosa ocurriera? *Ninguna. No puede haber ninguna, por lo menos mientras cuide de la caja. Es mi obligación. La caja de botones ahora me pertenece.*

Un jueves por la noche de principios de agosto, Gwendy está llevando un cubo de basura hasta el final del camino de entrada de su casa cuando Frankie Stone, dando un volantazo, detiene su El Camino azul junto al bordillo delante de ella. Los Rolling Stones suenan a todo trapo en el estéreo del coche y una vaharada de marihuana le llega de la ventanilla abierta. El muchacho baja el volumen.

—Eh, macizorra, ¿quieres dar una vuelta?

Frankie Stone ha crecido, pero no para bien. Tiene el cabello castaño grasiento, una perdigonada de acné le salpica el rostro y luce un tatuaje casero de AC/DC en un brazo. Además, sufre el peor caso de olor corporal con el que Gwendy se haya topado nunca. Corre el rumor de que en un concierto drogó a una *hippie* y luego la violó. Seguramente no es cierto, ella sabe lo dados que son los chicos a inventar rumores maliciosos, pero sin duda *parece* alguien capaz de echarle rufis a una chica en la sangría.

—No puedo —dice Gwendy, deseando llevar puesto algo más que unos vaqueros cortados y una camiseta ajustada de tirantes—. Tengo que hacer los deberes.

—¿Deberes? —Frankie frunce el ceño—. Venga ya, ¿cómo cojones vas a tener deberes en verano?

—Son de... Estoy yendo a un curso de verano en la escuela universitaria.

Frankie se asoma por la ventanilla y, a pesar de encontrarse a unos buenos tres metros de distancia, Gwendy puede oler su aliento.

—No me estarás mintiendo, ¿eh, guapa? —dice él, exhibiendo una mueca burlona.

—No te miento. Que pases una buena noche, Frankie. Será mejor que entre y me ponga con los libros.

Gwendy da media vuelta y echa a andar por el camino de entrada, contenta por cómo lo ha manejado. Apenas ha dado cuatro o cinco pasos cuando algo duro le golpea de lleno en la nuca. Ella deja escapar un grito, más de sorpresa que de dolor, y se gira hacia la calle. Una lata de cerveza rueda perezosamente a sus pies, escupiendo espuma al pavimento.

—Eres como el resto de las zorras pijas —le suelta Frankie—. Pensaba que eras diferente, pero no. Te crees mejor que los demás.

Gwendy sube el brazo y se masajea la nuca. Ya se le ha formado allí un feo bulto y, cuando lo toca, se le crispa el rostro.

—Vete, Frankie. Antes de que llame a mi padre.

—Que os den por culo a ti y a tu padre. Te conocí cuando no eras más que una puta gorda asquerosa. —Frankie le apunta con el dedo índice, como si fuera una pistola, y sonrío—. Volverá. Las niñas gordas se vuelven mujeres gordas. Nunca falla. Ya nos veremos, Goodyear.

Entonces se marcha, sacando el dedo corazón por la ventanilla, quemando rueda. Solo ahora, mientras entra en casa a la carrera, Gwendy permite que afloren las lágrimas.

Esa noche sueña con Frankie Stone. En el sueño, no se queda plantada en el camino de entrada, impotente, con el corazón en la garganta. En el sueño, se abalanza hacia Frankie y, antes de que él pueda pisar el acelerador, arremete a través de la ventanilla del conductor y le agarra el brazo izquierdo. Se lo retuerce hasta que oye —y nota— el chasquido de los huesos al romperse bajo sus manos. Y, entre los gritos de él, ella le dice: *¿Qué tal tu pito ahora, Frankie Stone? Seguro que es más como una pajita que como un cañón. Jamás tendrías que haberle tocado las narices a la Reina de la Caja de Botones.*

Se despierta por la mañana y recuerda el sueño con una sonrisa adormilada, pero, como suele ocurrir con la mayoría de los sueños, este también se desvanece con el sol naciente. No vuelve a pensar en él hasta dos semanas más tarde, durante una conversación con su padre en el desayuno de una perezosa mañana de sábado. El señor Peterson se termina el café y deja el periódico sobre la mesa.

—Hablan de tu amigo Frankie Stone.

Gwendy se detiene a medio bocado.

—No es amigo mío. Odio a ese tío. ¿Por qué sale en el periódico?

—Tuvo un accidente de coche anoche en Hanson Road. No lo menciona,

pero iría borracho. Se chocó contra un árbol. Está bien, aunque ha quedado bastante machacado.

—¿Cómo de machacado?

—Le han dado una buena cantidad de puntos en la cabeza y en el hombro. Tiene cortes por toda la cara y un brazo roto. Múltiples fracturas, según el artículo. Va a tardar mucho tiempo en curarse. ¿Quieres verlo por ti misma?

Le acerca el periódico. Ella se lo devuelve y luego suelta cuidadosamente el tenedor. Sabe que no podrá comer ni un bocado más, del mismo modo que sabe sin preguntar que el brazo roto de Frankie Stone es el izquierdo.

Esa noche, en la cama, mientras intenta barrer los agitados pensamientos que se arremolinan dentro de su cabeza, Gwendy cuenta los días que faltan hasta que vuelvan a empezar las clases.

Es 22 de agosto de 1977. Han pasado tres años exactos desde el día en que el señor Farris y la caja de botones aparecieron en su vida.

Una semana antes de que Gwendy empiece su segundo curso en el instituto de Castle Rock, sube corriendo las Escaleras de los Suicidios por primera vez en casi un año. Sopla un viento cálido y alcanza la cima sin apenas sudar. Se estira durante un breve instante y mira hacia abajo, a lo largo de su cuerpo: puede verse las puñeteras zapatillas enteras.

Se acerca a la barandilla y se empapa de la vista. Es la clase de mañana que hace que uno desee que la muerte no exista. Otea el lago Dark Score y luego dirige la mirada hacia el parque, vacío ahora salvo por una joven madre que empuja a un chiquillo en el columpio para bebés. Al cabo fija los ojos en el banco en que conoció al señor Farris. Camina hasta él y se sienta.

Últimamente, cada vez con más frecuencia, oye una voccecita dentro de su cabeza que hace preguntas para las que no tiene respuesta. *¿Por qué tú, Gwendy Peterson? De todas las personas de este ancho mundo, ¿por qué te escogió a ti?*

Pero también hay otras que la asustan más: *¿De dónde vino? ¿Por qué me vigilaba? (¡Él mismo utilizó esa palabra!). ¿Qué demonios es esa caja... y qué me está haciendo?*

Gwendy permanece sentada en el banco durante un rato largo, pensando y observando el paso de las nubes. Tras un tiempo, se levanta, baja al trote las Escaleras de los Suicidios y vuelve a casa. Pero las preguntas persisten: *¿En qué medida está forjando su vida la caja, con sus figuritas de chocolate y sus botones? ¿Cuánto es obra de la propia Gwendy?*

El segundo año de instituto empieza a lo grande. En el transcurso del primer mes de clases, Gwendy es elegida delegada, nombrada capitana del equipo preuniversitario de fútbol e invitada al baile de antiguos alumnos por Harold Perkins, un chico guapo de último curso del equipo de fútbol americano (pero, ¡ay!, nunca llegan a ir juntos, pues Gwendy planta al pobre Harold después de que, en la primera cita, este intente repetidamente meterle mano en el autocine durante una proyección de *Callejón infernal*). Ya tendrá tiempo para toqueteos, como le gusta decir a su madre.

En octubre, por su decimosexto cumpleaños le regalan un póster de los Eagles posando delante del Hotel California (*Puedes dejar la habitación cuando quieras, pero nunca podrás marcharte*), un nuevo equipo estéreo (que reproduce tanto cartuchos de ocho pistas como cintas de casete) y la promesa de su padre de que la enseñará a conducir ahora que ya ha cumplido la edad legal.

Las figuritas de chocolate no cesan, nunca dos iguales, siempre con un nivel de detalle asombroso. El pedacito de cielo que Gwendy devoró esta mañana antes de irse a clase tenía forma de jirafa y no se cepilló los dientes después, pues quería deleitarse con su delicioso sabor tanto tiempo como le fuera posible.

Gwendy tira de la otra palanquita con menos frecuencia que antes, por la única razón de que al fin se ha quedado sin espacio para esconder las monedas de plata. Por ahora le basta con el chocolate.

Aún piensa en el señor Farris, no tan a menudo y normalmente en esas largas horas vacías de la noche en que trata de recordar con exactitud qué aspecto tenía o cómo sonaba su voz. Está casi segura de que lo divisó una vez entre la multitud en la Feria de Halloween de Castle Rock, pero ella se

encontraba en ese momento en lo alto de la noria y, para cuando terminó el viaje, él ya se había esfumado, engullido por las hordas de gente que abarrotaban la avenida central. En otra ocasión acudió a una tienda de numismática de Portland con una de las monedas de plata. Su valor había subido; el hombre le ofreció setecientos cincuenta dólares por el Morgan de 1891, añadiendo que jamás había visto ninguno en mejor estado. Gwendy los rechazó, alegando (por un impulso del momento) que había sido un regalo de su abuelo y que solo quería saber cuánto valía. Al salir, se percató de que un hombre la miraba desde el otro lado de la calle, un hombre que llevaba un sombrero negro pequeño. Farris —si es que *era* él— la obsequió con una sonrisa fugaz y desapareció por la esquina.

¿Está siguiéndola? ¿Vigilándola? ¿Es posible? Ella cree que sí.

Y, por supuesto, aún piensa en los botones, sobre todo en el rojo. A veces se sorprende sentada con las piernas cruzadas en el suelo frío del sótano, sosteniendo la caja de botones en el regazo, sumida en una especie de aturdimiento con la vista fija en ese botón rojo y acariciándolo con la punta del dedo. Se pregunta qué sucedería si lo pulsara sin una elección clara del lugar que estallaría. Entonces, ¿qué? ¿Quién determinaría lo que se destruye? ¿Dios? ¿La caja?

Unas semanas después de su viaje a la tienda de numismática, Gwendy decide que ha llegado el momento de desentrañar el misterio del botón rojo de una vez por todas.

A quinta hora, en vez de ir a estudiar a la biblioteca, se dirige al aula vacía donde el señor Anderson imparte Historia Universal. Tiene un motivo: el par de mapas enrollables que están acoplados a la pizarra.

Gwendy ha considerado diversos objetivos posibles del botón rojo. Detesta esa palabra —*objetivo*—, pero encaja, y no se le ocurre otra mejor. Entre sus opciones iniciales figuran el vertedero de Castle Rock, una extensión sin ningún valor de bosque reducido a pulpa más allá de las vías del ferrocarril y la vieja gasolinera abandonada Phillips 66, donde se reúnen los chavales para fumar hierba.

Al final decide no solo fijar como objetivo un lugar de fuera de Castle Rock, sino también de fuera del país. Más vale prevenir que curar.

Rodea la mesa del señor Anderson y estudia detenidamente el mapa; se centra primero en Australia (hace poco se enteró de que más de una tercera parte del territorio es desierto), luego considera África (aquella pobre gente

ya tiene suficientes problemas) y termina decantándose por América del Sur.

Gwendy recuerda de sus apuntes de Historia dos datos importantes que contribuyen a esta decisión: América del Sur alberga treinta y cinco de los cincuenta países menos desarrollados del mundo y, en una proporción similar, también los menos poblados del planeta.

Ahora que ya ha elegido, Gwendy no malgasta el tiempo y garabatea en su cuaderno los nombres de tres países pequeños, uno del norte del subcontinente, uno del centro y otro del sur. Luego se dirige deprisa a la biblioteca para proseguir con su investigación. Mira fotografías y elabora una lista de los sitios más dejados de la mano de Dios.

Esa tarde, Gwendy se sienta frente al armario de su dormitorio con la caja de botones en equilibrio sobre el regazo.

Sitúa un dedo tembloroso encima del botón rojo.

Cierra los ojos y se imagina una región minúscula de un país lejano. Vegetación tupida, enmarañada. Una extensión de selva donde no vive gente. Tantos detalles como pueda visualizar.

Retiene la imagen en la cabeza y pulsa el botón.

No ocurre nada. El mecanismo no baja.

Gwendy clava el dedo en el botón una segunda y una tercera vez. De modo que la parte de los botones ha resultado ser una broma de mal gusto, por lo que parece. Y la crédula de Gwendy Peterson se la había tragado.

Casi aliviada, se dispone a guardar la caja en el armario cuando de repente retornan a ella las palabras del señor Farris: *Cuesta apretar los botones, están muy duros. Hay que utilizar el pulgar y ejercer bien de fuerza. Y eso es algo bueno, créeme.*

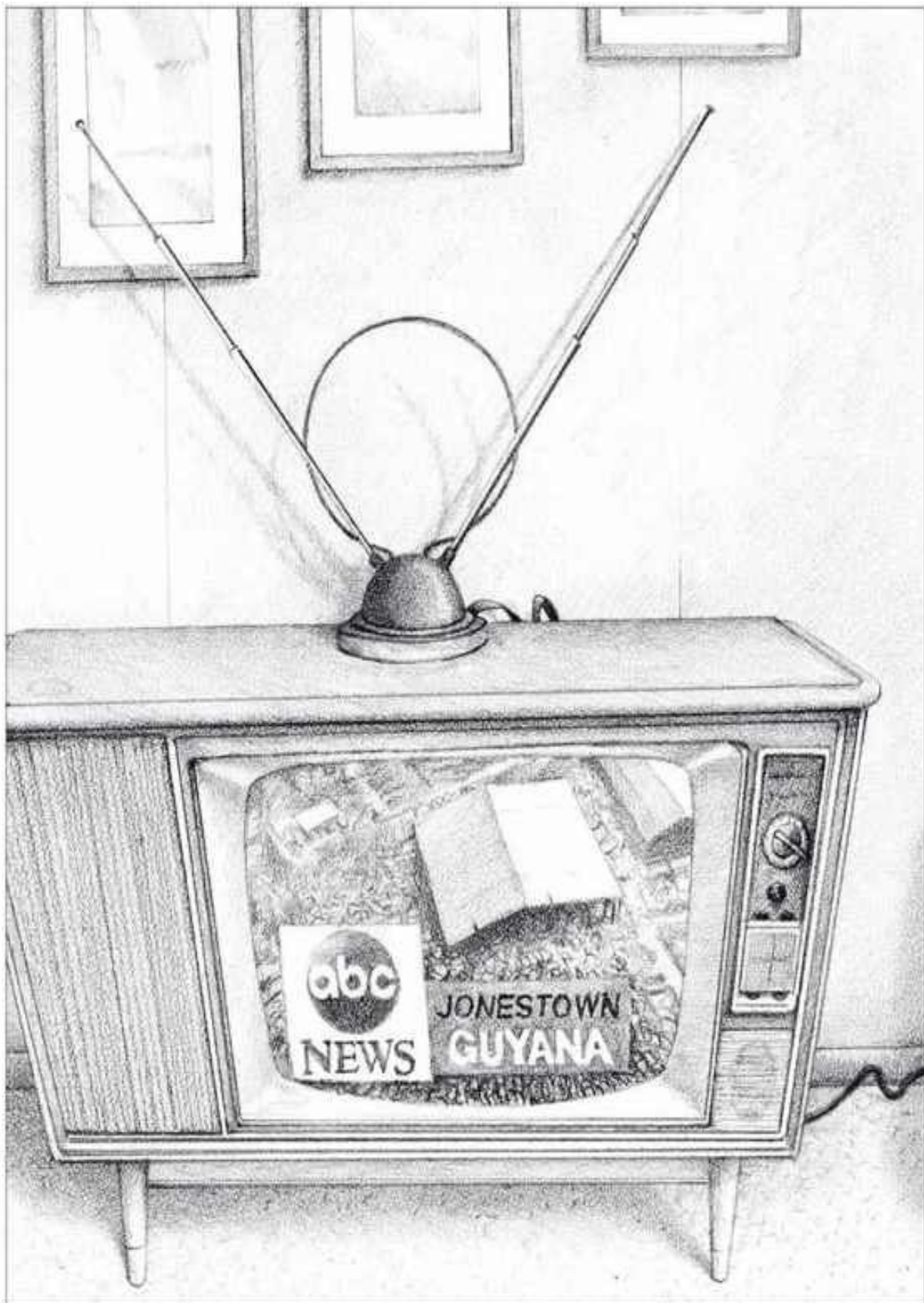
Vuelve a colocarse el artilugio en el regazo y presiona el botón rojo con el pulgar. Carga todo su peso sobre él. Esta vez se produce un *clic* audible, y Gwendy nota que el botón se hunde.

Contempla la caja durante un instante, pensando: *Algunos árboles y puede que unos cuantos animales. Un terremoto de poca intensidad o tal vez un incendio. Seguramente no sea más que eso.* Después lo devuelve al escondite de la pared del sótano. Siente calor en la cara y retortijones en el estómago. ¿Significa eso que funciona?

Gwendy se despierta a la mañana siguiente ardiendo de fiebre. Falta a clase y pasa buena parte del día dormida. Sale de la cama a última hora de la tarde, sintiéndose como nueva, y encuentra a sus padres viendo las noticias en silencio. Por la expresión de sus rostros deduce que algo va mal. Se acomoda en el sofá junto a su madre y observa horrorizada cómo Charles Gibson los lleva hasta Guyana, un lejano país del cual no hace mucho averiguó unos cuantos detalles destacados. Allí, el líder de una secta, un hombre llamado Jim Jones, se ha suicidado y ha ordenado a sus más de novecientos adeptos que siguieran su ejemplo.

Una serie de fotografías granulosas desfilan fugazmente por la pantalla del televisor. Cuerpos dispuestos en hileras, una espesa jungla amenazante de fondo. Parejas abrazadas como amantes. Madres estrechando a bebés contra su pecho inmóvil. Incontables niños. Rostros deformados por la agonía. Moscas reptando por doquier. Según Charles Gibson, las enfermeras vertieron el veneno por las gargantas de los pequeños antes de ingerir sus propias dosis.

Gwendy regresa a su cuarto sin pronunciar una palabra. Se calza las deportivas y se enfunda una sudadera con intención de subir corriendo las Escaleras de los Suicidios, pero descarta la idea por un vago temor a que la invada el impulso de tirarse. En cambio, recorre un trayecto de casi cinco kilómetros alrededor del vecindario, con sus pisadas marcando un ritmo de *staccato* sobre el frío pavimento, el aire vigorizante de otoño coloreándole las mejillas. *Lo he provocado yo*, piensa, imaginándose un enjambre de moscas revoloteando sobre los bebés muertos. *No quería hacerlo, pero es culpa mía.*



Mirabas justo hacia donde estaba yo —le recrimina Olive. Su voz suena tranquila, pero le arden los ojos—. No sé cómo puedes decir que no me viste allí de pie.

—No te vi. Te lo juro.

Están sentadas en el cuarto de Gwendy después del colegio, escuchando el nuevo álbum de Billy Joel y supuestamente estudiando para un parcial de Lengua y Literatura. Ahora resulta evidente que la visita de Olive se debe a lo que a ella le gusta llamar ASUNTOS. En estos días tiene ASUNTOS muy a menudo.

—Me cuesta mucho creerlo, la verdad.

Gwendy la mira incrédula, con los ojos muy abiertos.

—¿Me estás llamando mentirosa? ¿Por qué motivo iba a pasar a tu lado sin saludarte?

Olive se encoge de hombros y frunce los labios.

—A lo mejor es que no querías que esos amiguitos guais que tienes sepan que antes andabas con unos pobres diablos de segundo.

—Qué estupidez. Tú eres mi mejor amiga, Olive. Todo el mundo lo sabe.

—¿Tu mejor amiga? —replica Olive, soltando una carcajada—. ¿Sabes cuándo fue el último fin de semana que hicimos algo juntas? Y olvídate de los viernes y los sábados por la noche, con tus citas y tus fiestas y tus hogueras. Hablo del fin de semana entero, a cualquier hora.

—He estado muy ocupada —se disculpa Gwendy, apartando la mirada. Sabe que su amiga lleva razón, pero no entiende por qué tiene que ponerse tan susceptible—. Lo siento.

—Y la mitad de esos tíos ni siquiera te caen bien. Bobby Crawford te pidió salir y te echaste a reír como una tonta y te retorciste el pelo y dijiste: «Claro,

¿por qué no?», aunque casi ni sabías cómo se llamaba y él te importaba un pimiento.

Y, de golpe y porrazo, Gwendy lo comprende. *¿Cómo he podido ser tan idiota?*, se pregunta.

—No sabía que te gustaba Bobby. —Se desliza por el suelo del dormitorio y posa la mano en la rodilla de su amiga—. Te juro que no lo sabía. Lo siento.

Olive permanece callada. Por lo visto, el ASUNTO aún no se ha zanjado.

—Eso pasó hace meses. Bobby es un chico muy simpático, pero es la única vez que salí con él. Si quieres, puedo llamarle y hablarle de ti...

Olive le aparta la mano y se pone de pie.

—No necesito tu puñetera caridad. —Se agacha y recoge sus libros y carpetas entre los brazos.

—No es caridad. Pensaba que...

—Ese es tu problema —la interrumpe Olive, apartándose de nuevo—. Solo piensas en ti misma. Eres una egoísta.

Sale del dormitorio pisando fuerte y cierra tras de sí con un portazo.

Por un momento, Gwendy no reacciona, incrédula y dolida, con el cuerpo trémulo. Entonces el dolor se abre en un estallido de rabia.

—¡Vete a la mierda! —le chilla a la puerta cerrada—. Si quieres abordar un asunto, ¡prueba con tus celos!

Se deja caer en la cama, surcado de lágrimas el rostro, oyendo el eco de las hirientes palabras: *Solo piensas en ti misma. Eres una egoísta.*

—Eso no es verdad —le susurra a la habitación vacía—. Pienso en los demás. Procuro ser buena persona. Cometí un error con lo de Guyana, pero... Me engañaron. Y no fui yo quien los envenenó. *No fui yo.* —Salvo que, de alguna forma, sí fue ella.

Gwendy llora hasta quedarse dormida y sueña con enfermeras armadas con jeringuillas llenas de un refresco mortal para niños pequeños.

Por la mañana intenta suavizar las cosas en el colegio, pero Olive se niega a hablar con ella. El día siguiente, viernes, es más de lo mismo. Justo antes de que suene la última campana, Gwendy introduce una nota de disculpa en la taquilla de Olive con la esperanza de que funcione.

El sábado por la noche, Gwendy y su cita, un chico de tercero llamado Walter Dean, hacen una parada en la sala de juegos recreativos de camino al cine. Durante el trayecto en coche, Walter saca una botella de vino que ha birlado del escondite de su madre y, aunque Gwendy suele rehusar tales ofrecimientos, hoy echa un trago. Está triste y confusa y confía en que el alcohol la ayude.

No sirve. Solo consigue un leve dolor de cabeza.

Gwendy saluda a varios compañeros de clase al entrar en los recreativos y se lleva una sorpresa cuando divisa a Olive en la cola de la cafetería. Esperanzada, le dirige un gesto vacilante, pero, una vez más, Olive no le hace caso. Al cabo de un momento, Olive pasa a su lado, con un vaso grande de refresco acunado en los brazos, la nariz altiva, riéndose con un grupo de chicas que Gwendy reconoce de un instituto cercano.

—¿Qué problema tiene? —pregunta Walter antes de meter una moneda de veinticinco en la máquina de *Space Invaders*.

—Es una larga historia. —Gwendy sigue con la mirada a su amiga y la rabia regresa. Siente que el rostro se le pone rojo de ira. *Sabe lo mal que lo pasé. Eh, Goodyear, ¿dónde es el partido de fútbol? Eh, Goodyear, ¿qué tal la vista desde ahí arriba? Debería alegrarse por mí. Debería...*

A cinco o seis metros de distancia, Olive grita cuando alguien le da un golpe en el brazo y una cascada de refresco helado le cae por el rostro y la pechera de su suéter recién estrenado. La chiquillada le apunta con el dedo y

se echa a reír. Olive mira a su alrededor, avergonzada, sus ojos se fijan finalmente en Gwendy y entonces huye y desaparece en el baño público.

Gwendy, acordándose del sueño de Frankie Stone, de repente quiere irse a casa, encerrarse en su cuarto y arrastrarse bajo las sábanas.

El día antes del baile de fin de curso de tercero, al que tiene previsto asistir con Walter Dean, Gwendy se levanta tarde de la cama para descubrir que el sótano se ha inundado durante la noche tras una tormenta de primavera especialmente fuerte.

—Está todo más mojado que cuando un pedo después de haber comido tacos viene con regalo. Y huele igual de mal —comenta el señor Peterson—. ¿Estás segura de que quieres bajar ahí?

Gwendy afirma con la cabeza, procurando ocultar su pánico creciente.

—Tengo que comprobar cómo están algunos libros viejos y una pila de ropa que dejé para lavar.

El señor Peterson se encoge de hombros y vuelve la mirada hacia el pequeño televisor que hay sobre la encimera de la cocina.

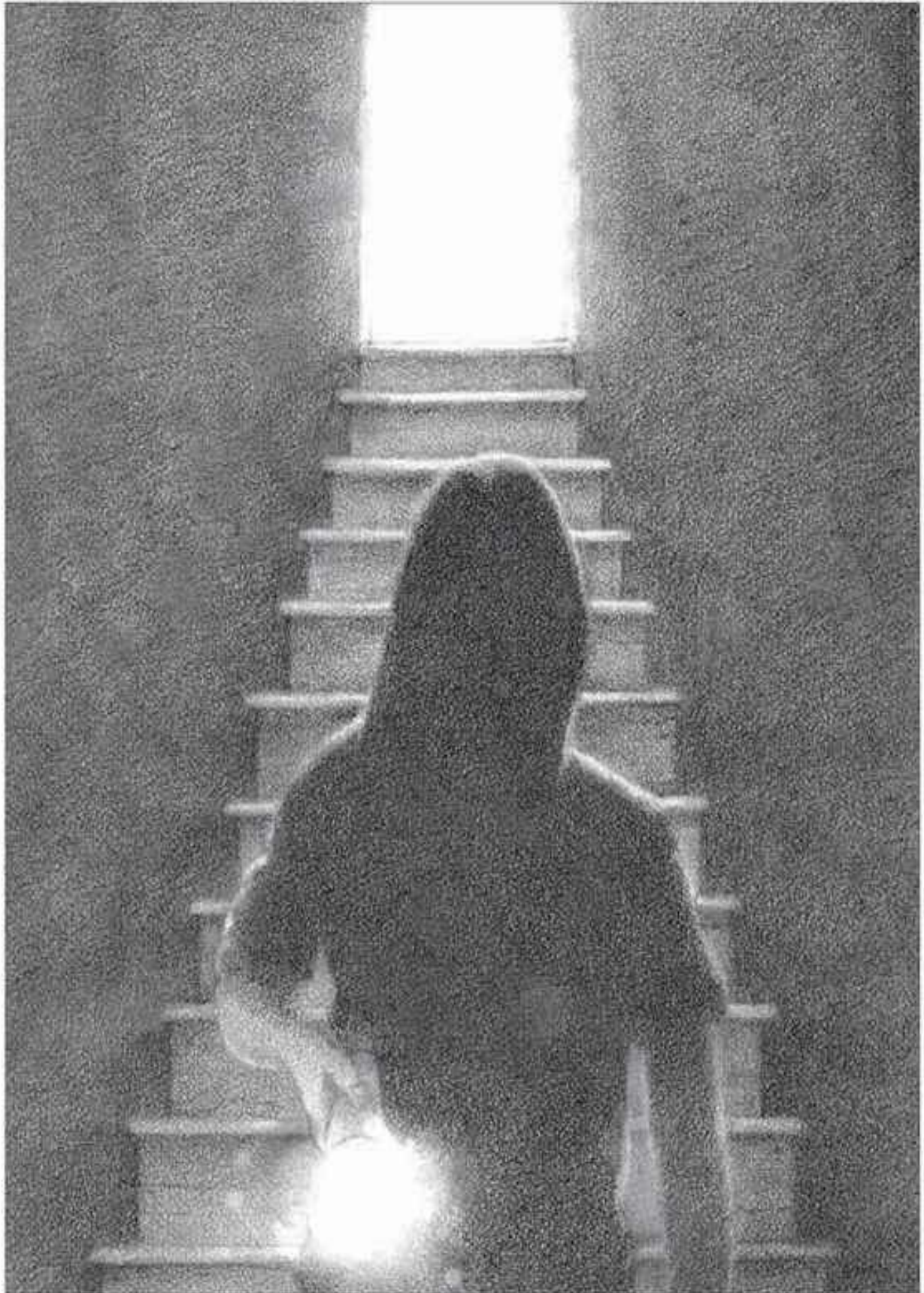
—Asegúrate de descalzarte antes de bajar. Y, oye, a lo mejor te convendría ponerte un flotador.

Gwendy desciende apresuradamente las escaleras del sótano antes de que su padre cambie de idea y se mete de lleno en una piscina de agua gris y espumosa que le cubre los tobillos. Esa misma mañana, el señor Peterson ha logrado desatascar la bomba de la fosa séptica, y Gwendy oye sus resoplidos provenientes del rincón más alejado, pero va a ser una jornada muy larga para la máquina. Calcula por la línea marcada en las piedras que el nivel del agua ha caído como mucho unos cinco centímetros.

Vadea el sótano hasta la pared en la que está escondida la caja de botones y empuja la vieja cómoda a un lado. Después, se agacha sobre una rodilla en el rincón, hunde los brazos en el agua turbia y, aunque incapaz de verse las manos, se las apaña para liberar la piedra.

Cuando los dedos tocan la lona mojada, saca la bolsa empapada de su

escondite y la deja a un lado. Luego recoge la piedra suelta y la vuelve a colocar en la pared para que su padre no note nada extraño una vez que el agua haya acabado de retirarse.



Alarga el brazo en busca de la bolsa de lona, que contiene no solo la caja, sino también las monedas..., pero ha desaparecido.

Remueve el agua con las manos, luchando desesperadamente por localizar la bolsa, y no la encuentra por ninguna parte. Motas negras flotan en su campo de visión y de repente se siente mareada. Se da cuenta de que se ha olvidado de respirar, de modo que abre la boca y aspira una gran bocanada del aire fétido y mohoso del sótano. Ojos y cerebro empiezan a aclarársele de inmediato.

Gwendy respira lentamente hasta tranquilizarse y vuelve a sumergir las manos en el agua sucia, tanteando esta vez el otro lado. Enseguida sus dedos rozan la bolsa de lona. Se incorpora y, como una halterófila realizando un ejercicio de peso muerto, levanta la pesada bolsa hasta la altura de la cintura y cruza el sótano, caminando como un pato, hasta la estantería junto a la lavadora y la secadora. Agarra un par de toallas secas de la balda superior y envuelve la bolsa lo mejor que puede.

—¿Todo bien ahí abajo? —le pregunta su padre, a voz en cuello, desde arriba. Oye el ruido de pasos en el techo sobre su cabeza—. ¿Necesitas ayuda? ¿Quieres una botella de oxígeno y unas aletas?

—No, no —responde Gwendy, cerciorándose a toda prisa de que la bolsa queda completamente disimulada. El corazón le aporrea el pecho como un martillo pilón—. Subiré en un momento.

—Si tú lo dices... —Oye de nuevo los pasos apagados de su padre, pero alejándose. Gracias a Dios.

Vuelve a coger la bolsa y cruza el sótano, arrastrando los pies tan rápido como pueden transportarla sus cansadas piernas, resoplando por el peso combinado de la caja y las monedas de plata.

Una vez que alcanza la seguridad de su dormitorio, echa el pestillo a la puerta tras de sí y desenvuelve la bolsa de lona. La caja de botones parece que no ha sufrido daños, pero ¿cómo puede saberlo realmente? Tira de la palanca de la izquierda y, al cabo de un agónico instante durante el cual está absolutamente convencida de que la caja se ha roto después de todo, la pequeña bandeja se desliza hacia afuera sin producir un ruido y sobre ella aparece un mono de chocolate del tamaño de una gominola. Se lo mete sin tardanza en la boca y su delicioso sabor la abduce una vez más. Cierra los ojos mientras el chocolate se le derrite en la lengua.

La bolsa se ha rasgado por varios sitios y tendrá que reemplazarla, pero eso

a Gwendy no le preocupa. Pasea la mirada por la habitación y se fija en el fondo del armario, donde se acumulan cajas de zapatos en caóticos montones. Últimamente sus padres ya no se molestan nunca en mirar allí dentro.

Saca un par de botas viejas de una caja de cartón extragrande y las arroja al otro lado del armario. Después, cuidadosamente, coloca dentro la caja de botones y añade el montón de monedas de plata. Una vez asegurada la tapa, la arrastra —ahora pesa demasiado para levantarla; el cartón con toda probabilidad se rompería— hacia las sombras del fondo. A continuación, amontona las demás cajas de zapatos encima y delante.

Se pone en pie, da unos pasos atrás y examina el resultado. Convencida de haber realizado un competente trabajo, recoge la bolsa de lona empapada y se dirige a la cocina. Tras tirarla a la basura, se prepara unos cereales para desayunar.

Remolonea por la casa el resto del día, viendo la tele y leyendo por encima el libro de Historia. Cada treinta minutos o así —más de una docena de veces en total— se levanta del sofá, recorre el pasillo y asoma la cabeza dentro del dormitorio para asegurarse de que la caja sigue a salvo.

La noche siguiente es el baile de graduación y descubre que tiene que obligarse a ponerse el vestido rosa y maquillarse y salir de casa.

¿Es esta ahora mi vida? —piensa al entrar en el gimnasio de Castle Rock—. *¿Es mi vida esa caja?*



Gwendy ni se plantea vender las monedas de plata hasta que ve el cartel pegado en el ventanal de la fachada del Castle Rock Diner. Después de eso, prácticamente no piensa en otra cosa. Hizo aquella visita a la tienda de

numismática, cierto, pero era más de naturaleza exploratoria. Ahora, sin embargo, la situación ha cambiado. Gwendy quiere matricularse en una universidad de élite de la Ivy League después de graduarse en el instituto, y esos sitios no salen baratos. Planea solicitar distintas becas y, a tenor de sus notas, no duda que le concederán alguna, pero ¿será suficiente? Probablemente no. *Seguro* que no.

Lo que *sí* es una realidad son los dólares de plata Morgan de 1891 amontonados dentro de una caja de zapatos al fondo de su armario. En el último recuento sumaban más de un centenar.

Gwendy, que ha hojeado números atrasados de la revista *COINage* en el supermercado, sabe que el precio de los Morgan no solo es estable, sino que continúa ascendiendo. Según la revista, la inflación y la inquietud global están impulsando el mercado de las monedas de oro y de plata. Su primera idea consistía en vender una cantidad suficiente de piezas (quizá en Portland, más probablemente en Boston) para pagar la universidad y resolver cómo explicar el inesperado dinero caído del cielo solo cuando fuese absolutamente necesario. Quizá alegando que se las encontró. Difícil de creer, pero también difícil de refutar. (Los planes mejor urdidos por adolescentes de dieciséis años pocas veces están bien meditados).

El cartel de la Feria de Monedas y Sellos le da a Gwendy una idea. Una idea mejor.

Así pues, lo primero que hará este fin de semana será coger dos dólares de plata, suficientes para tantear el terreno, montarse en la bici y dirigirse al Centro de Veteranos de Guerras Extranjeras para averiguar cuánto puede sacar por ellas. Si se venden bien, y a buen precio, entonces lo sabrá.

Lo primero en lo que Gwendy repara cuando entra en el Centro de Veteranos a las diez y cuarto de la mañana del sábado es en las dimensiones del sitio. No parecía ni mucho menos tan espacioso desde el exterior. Las mesas se han dispuesto formando un largo rectángulo cerrado. Los vendedores, hombres en su mayoría, se encuentran de pie en la zona interior. Los clientes, de los que ya hay dos o tres docenas, pululan en círculo alrededor de las mesas con ojos precavidos y dedos nerviosos. No parece existir un patrón discernible en la distribución de los puestos —tratantes de monedas por aquí, buhoneros de sellos por allá— y no son pocos los vendedores que comercian con ambos artículos. Un par de ellos incluso han desplegado sobre sus mesas abanicos de cromos raros de deportes y tabaco. Se queda atónita al ver que un cromo de Mickey Mantle firmado tiene un precio de 2.900 dólares, pero, en cierto modo, se siente aliviada. Consigue que, en comparación, sus monedas de plata parezcan fruslerías.

Permanece de pie en la entrada, absorbiéndolo todo. Es un mundo nuevo por completo, exótico e intimidante, y se siente abrumada. Eso debe de resultarle obvio a cualquiera que la observe, porque un vendedor cercano la llama:

—¿Te has perdido, cariño? ¿Puedo ayudarte en algo?

Es un hombre regordete, de treinta y pico años, que lleva gafas y una gorra de béisbol de los Orioles. Tiene comida en la barba y le centellean los ojos.

Gwendy se aproxima a la mesa.

—De momento solo estoy mirando, gracias.

—¿Mirando para comprar o mirando para vender?

Los ojos del hombre se posan en las piernas desnudas de Gwendy, donde se entretienen más tiempo de lo que deberían. Cuando vuelve a alzar la vista,

enseña los dientes al sonreír y a Gwendy ya no le gusta el brillo en su mirada.

—Curioseando sin más —dice, y se aleja deprisa.

Dos mesas más allá, observa a un hombre que examina un sello diminuto con pinzas y una lupa. Le oye decir:

—Puedo llegar a setenta dólares y eso ya son veinte más que mi límite. Mi mujer me matará si... —No se queda para enterarse de si cierra el trato.

En el lado más alejado del rectángulo, encuentra una mesa cubierta exclusivamente de monedas. Distingue un dólar de plata Morgan en el centro de la última fila. Lo considera una buena señal. El hombre tras la mesa está calvo y es viejo; no sabría concretar con absoluta certeza cuántos años tiene, pero aparenta una edad como mínimo suficiente para ser su abuelo. Le dedica una sonrisa a Gwendy y no le mira las piernas, lo que constituye un buen comienzo. Se toca con un dedo la tarjeta de identificación que lleva sujeta en la camisa.

—Mi nombre, como pone aquí, es Jon Leonard, pero mis amigos me llaman Lenny. Pareces una chica simpática, así que veamos si puedo ayudarte. ¿Buscas algo en especial? ¿Peniques de Lincoln para completar un álbum? ¿Quizá una de cinco centavos con el búfalo? ¿O monedas conmemorativas de veinticinco? Tengo una bastante rara de Utah, en muy buen estado.

—En realidad tengo algo que me gustaría vender. A lo mejor.

—Ajá. Vale, déjame echarle una ojeada y te confirmo si podemos hacer negocios.

Gwendy saca del bolsillo las monedas—protegidas en sendas fundas de plástico— y se las tiende. Los dedos de Lenny son gruesos y nudosos, pero extrae las monedas con experta facilidad y las sostiene por el canto, sin tocar ninguna de las caras. Gwendy advierte que los ojos de él, resplandecientes, se agrandan. El hombre lanza un silbido.

—¿Te importa que te pregunte dónde las has conseguido?

Gwendy le cuenta la misma historia que contó en la tienda de Portland.

—Me las dejó mi abuelo, que ha fallecido hace poco.

La cara del anciano muestra auténtico pesar.

—Lo siento mucho, cielo.

—Gracias —dice ella, y extiende la mano—. Soy Gwendy Peterson.

El hombre le da un fuerte apretón.

—Gwendy. Me gusta.

—A mí también —replica la chica y sonríe—. Y menos mal, porque estoy atada a él para siempre.

El hombre enciende una lamparita de escritorio y se sirve de una lupa para examinar los dólares.

—Jamás había visto uno sin usar y he aquí que tú me traes dos. —Alza la mirada hacia ella—. ¿Cuántos años tienes, señorita Gwendy, si no te importa que te pregunte?

—Dieciséis.

El hombre chasca los dedos y la apunta con uno.

—Y quieres comprarte un coche, ¿a que sí?

Ella niega con la cabeza.

—Algún día, pero estoy pensando en venderlas y conseguir algo de dinero para la facultad. Después de la graduación, quiero ir a una universidad de la Ivy League.

El hombre inclina la cabeza con un gesto de aprobación.

—Eso está bien. —Vuelve a estudiar las monedas con la lupa—. Ahora sé sincera conmigo, señorita Gwendy: ¿saben tus padres que vas a venderlas?

—Sí, señor, lo saben. Y están de acuerdo, porque es para una buena causa.

—Pero, por lo que veo, no están aquí contigo —dice él, con una expresión perspicaz en los ojos.

Esta observación quizá hubiera pillado desprevenida a la Gwendy de catorce años, pero ahora ha madurado y es capaz de batear las esporádicas bolas con efecto de los adultos.

—Los dos me han dicho que alguna vez tengo que empezar a arreglármelas por mi cuenta y esto me pareció un buen punto de partida. Además, he leído esa revista que tiene ahí. —Señala con el dedo—. ¿COINage?

—Ajá. Ajá. —Lenny deposita la lupa encima de la mesa y le dedica toda su atención a la chica—. Bueno, señorita Gwendy Peterson, un dólar de plata Morgan de esta época y en condiciones casi perfectas puede venderse por un precio de entre setecientos veinticinco y ochocientos dólares. Pero un Morgan sin usar en *perfecto* estado como este... —Menea la cabeza—. Sinceramente, no tengo ni idea.

Gwendy no ha ensayado esta parte —¿cómo iba a saberlo?—, pero el anciano le cae bien de veras, así que improvisa.

—Mi madre trabaja en un concesionario, y para algunos coches utilizan

una expresión: «Precio inmejorable». Conque... ¿me daría ochocientos por cada una? ¿Le parece un precio inmejorable?

—Sí, señora, me parece inmejorable —responde él sin vacilar—. Solo que... ¿estás segura? A lo mejor en una tienda más grande...

—Estoy segura. Si puede pagarme ochocientos por moneda, tenemos un trato.

El viejo ríe entre dientes y le tiende la mano.

—Entonces, señorita Gwendy Peterson, tenemos un trato. —Lo sellan con un apretón—. Te extenderé un talón.

—Eh..., estoy segura de que es usted una persona de fiar, Lenny, pero la verdad es que no me sentiría cómoda con un cheque.

—Puesto que mañana estaré en Toronto o en Washington D. C., ¿quién podría culparte? —Le dedica un guiño—. Además, tengo un dicho: el dinero en efectivo no se chiva. Y lo que el Tío Sam no sepa de nuestro negocio no le dolerá.

Lenny desliza las monedas en el interior de sus fundas transparentes y las hace desaparecer en algún sitio bajo la mesa. Tras contar dieciséis billetes de cien, nuevecitos y crujientes —Gwendy aún no termina de creerse que esté sucediendo de verdad—, firma un recibo, arranca una copia y la coloca encima del dinero.

—Te he apuntado ahí mi número de teléfono por si tus padres tienen alguna pregunta. ¿Está muy lejos tu casa?

—A menos de dos kilómetros. He venido en bici.

Él permanece pensativo unos instantes.

—Es mucho dinero para una chica tan joven, Gwendy. ¿No sería mejor que llamas a tus padres para que vengan a buscarte?

—No hace falta —replica ella, sonriendo—. Sé cuidar de mí misma.

Las cejas del anciano bailan cuando se ríe.

—No me cabe ninguna duda.

El hombre guarda el dinero y el recibo en un sobre. Dobla el sobre por la mitad y lo precinta empleando como un metro de cinta adhesiva.

—A ver si te cabe bien en el bolsillo del pantalón y no te molesta —le indica entregándole el paquete.

Gwendy se lo mete en el bolsillo y da una palmadita en el bulto que forma.

—Queda bien tapadito y apretadito.

—Me caes bien, chica. En serio. Tienes estilo y tienes arrestos, una

combinación imposible de superar. —Lenny se vuelve hacia el vendedor de su izquierda—. Hank, ¿te importaría vigilarme la mesa un minuto?

—Solo si me traes un refresco —contesta el aludido.

—Hecho. —Lenny abandona su puesto tras la mesa y escolta a Gwendy hasta la puerta—. ¿Estás segura de que irás bien?

—Totalmente. Gracias de nuevo, señor Lenny —dice ella, sintiendo el peso del dinero en el interior del bolsillo—. Se lo agradezco de veras.

—El agradecimiento es todo mío, señorita Gwendy. —Le abre la puerta y se la aguanta—. Buena suerte con la Ivy League.

Gwendy entrecierra los ojos bajo el sol de mayo mientras quita el candado de la bicicleta, que ha dejado atada a un árbol cercano. En ningún momento de esa mañana se le ocurrió que el recinto no dispondría de un espacio reservado para bicicletas..., aunque, pensándolo bien, ¿a cuántos veteranos se ve circulando por Castle Rock sobre dos ruedas?

Se palpa el bolsillo para cerciorarse de que el sobre continúa cómodamente en su sitio, luego se monta en la bici y echa a rodar. En el centro del aparcamiento divisa a Frankie Stone y Jimmy Sines, que se dedican a comprobar las puertas de los vehículos y a escudriñar el interior por las ventanillas. Es probable que alguna pobre persona salga hoy de la Feria de Monedas y Sellos y se encuentre saqueado su coche.

Gwendy pedalea más rápido, con la esperanza de escabullirse y pasar inadvertida, pero no tiene tanta suerte.

—¡Eh, tetitas de caramelo! —grita Frankie detrás de ella, y entonces se lanza a la carrera y se le planta delante, bloqueando la salida del aparcamiento—. ¡So, so, so! —exclama, agitando los brazos.

Gwendy derrapa y se detiene frente a él.

—Déjame en paz, Frankie.

El muchacho se toma un instante para recuperar el aliento.

—Solo quería hacerte una pregunta, nada más.

—Pues pregunta y sal de mi camino. —Mira alrededor en busca de una ruta de escape.

Jimmy Sines aparece desde detrás de un coche aparcado. Se sitúa al otro lado de ella, con los brazos cruzados, y mira a Frankie.

—Conque tetitas de caramelo, ¿eh?

Frankie esboza una sonrisa socarrona.

—Esta es la tía que te decía. —Se acerca unos pasos a Gwendy, le desliza un dedo por la pierna y ella se lo aparta de un manotazo.

—Hazme la pregunta y lárgate.

—Venga, no te pongas así —dice él—. Solo quería saber cómo es tu culo. Siempre lo has tenido bien apretadito. Debe de serte difícil hacer caca. —Le vuelve a tocar la pierna. No solo con un dedo; con la mano entera.

—¿Te están molestando estos chicos, señorita Gwendy?

Los tres jóvenes se vuelven a mirar. Lenny se encuentra allí.

—Piérdete, abuelo —le suelta Frankie, dando un paso hacia él.

—Me parece que no. ¿Estás bien, Gwendy?

—Ahora sí. —Se impulsa con el pie y empieza a pedalear—. Me voy o llegaré tarde a comer. ¡Gracias!

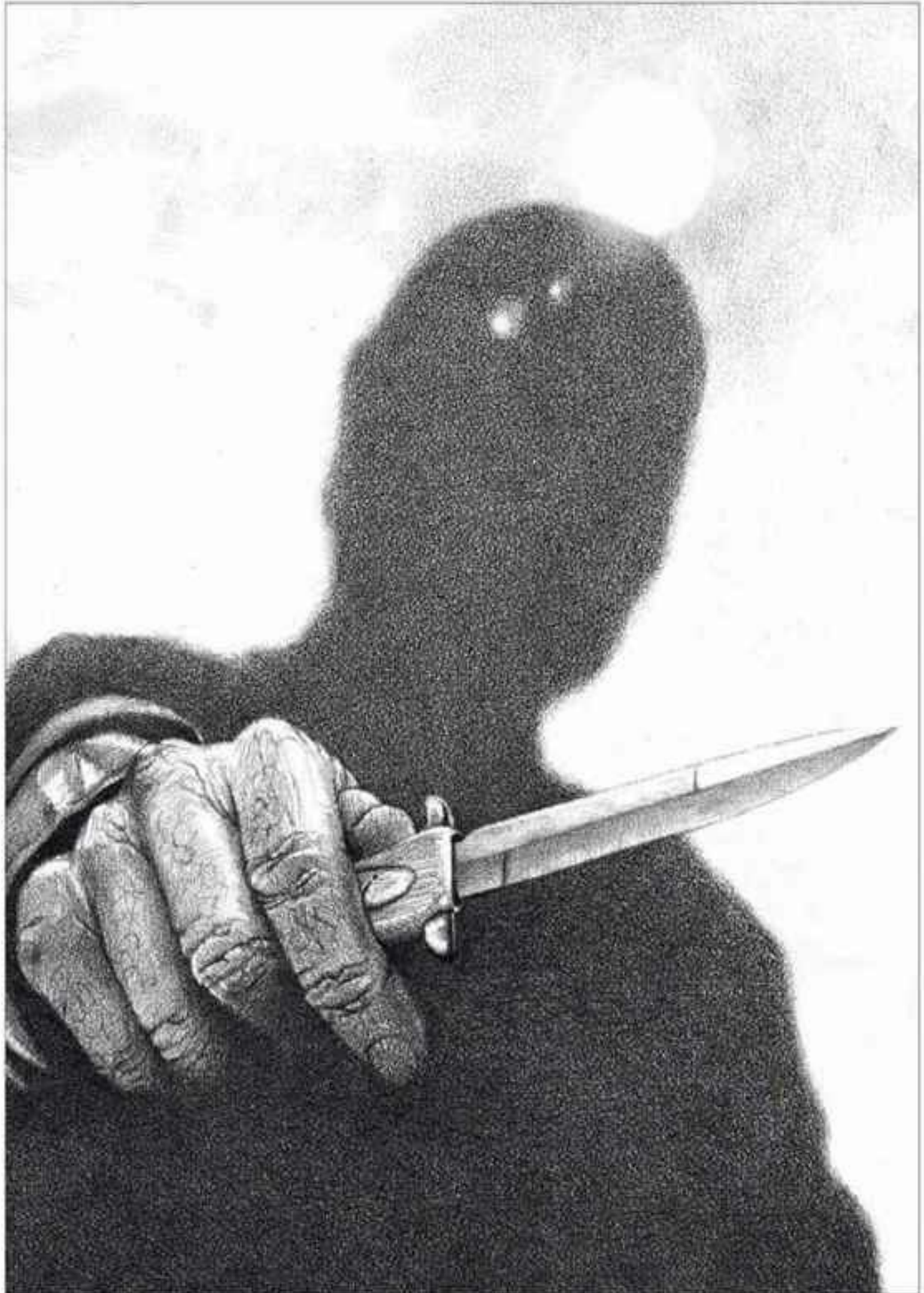
La observan mientras se aleja y entonces Frankie y Jimmy se vuelven hacia Lenny.

—Somos dos contra uno. Me gusta esa proporción, carcamal.

Lenny se lleva la mano al bolsillo del pantalón y saca una navaja automática. Grabadas en su costado plateado están las únicas dos palabras en latín que estos chicos entienden: *Semper Fi*. La mano del anciano, aunque nudosa, se mueve con un ágil truco y, ¡abracadabra!, aparece una hoja de quince centímetros reluciendo a la luz del sol.

—Ahora somos dos contra dos.

Frankie pone pies en polvorosa y huye del aparcamiento, con Jimmy a la zaga.



Adivinad qué: Gwendy vuelve a ganar —anuncia Sallie, alzando la vista, exasperada, y tirando las cartas en la alfombra.

Son cuatro las chicas sentadas en círculo en el suelo de la sala de estar de los Peterson: Gwendy, Sallie Ackerman, Brigitte Desjardin y Josie Wainwright. Estas tres últimas son alumnas de último curso en el instituto de Castle Rock y durante este año escolar la han visitado con frecuencia.

—¿No os habéis fijado nunca en eso? —pregunta Josie, arrugando el semblante—. Gwendy jamás pierde. No pierde prácticamente a nada.

Sallie recoge el testigo:

—Las mejores notas del instituto. La mejor atleta del instituto. La chica más guapa del instituto. Y, para colmo, una fullera a las cartas.

—Ay, cállate —contesta Gwendy mientras recoge los naipes. Le toca a ella barajar y repartir—. Eso es mentira.

Pero Gwendy sabe que es cierto y, aunque Josie solo le está tomando el pelo con su habitual estilo tontorrón (¿quién si no aspiraría a ser la vocalista principal de un grupo llamado Las Gatitas?), también sabe que Sallie no bromea en absoluto. Sallie se está hartando. Sallie se está poniendo celosa.

Unos meses atrás, Gwendy se dio cuenta por primera vez de que el asunto estaba derivando en un problema. Sí, ella es una corredora veloz, quizá la preuniversitaria más veloz del condado. Quizá del estado entero. ¿En serio? Sí, en serio. Y luego están sus notas. En el colegio siempre fueron buenas, pero en cursos anteriores se las ganó estudiando duro, e incluso entonces un puñado de notables solía acompañar a los sobresalientes en su boletín de calificaciones. Ahora, cuando apenas toca los libros para nada, saca las mejores notas de toda la clase de tercero. De vez en cuando se sorprende escribiendo respuestas erróneas para evitar, ajá, otra puntuación perfecta. U

obligándose a perder a las cartas o en las máquinas recreativas para no infundir sospechas en sus amigas. De todas formas, pese a los esfuerzos de Gwendy, ellas saben que hay algo raro.

Aparte de los botones, aparte de las monedas, aparte de las figuritas de chocolate, la caja le ha concedido..., bueno..., *poderes*.

¿En serio? Sí, en serio.

Ya nunca le duele nada ni se hace heridas. Ni esguinces de correr en la pista. Ni chichones o moratones de jugar al fútbol. Ni rasguños o arañazos fruto de su torpeza. Ni siquiera se golpea el dedo del pie contra una silla; no se le rompe ni una uña. No se acuerda de la última vez que necesitó una tiritita. Su período tampoco le causa muchos trastornos: se acabaron los calambres, solo unas pocas gotas le manchan la compresa, y ya está. Últimamente la sangre de Gwendy se queda donde le corresponde.

Estos hallazgos fascinan y horrorizan al mismo tiempo a Gwendy. Sabe que la caja es de algún modo la responsable de esto, o puede que sean las figuritas de chocolate, aunque en realidad son una misma cosa. A veces desearía hablar de ello con alguien. A veces desearía seguir siendo amiga de Olive. Ella quizá sea la única persona del mundo que podría escucharla y que la creería.

Gwendy deja la baraja de cartas en el suelo y se pone de pie.

—¿Quién quiere palomitas y limonada?

Se alzan tres manos, y Gwendy desaparece en la cocina.

Durante el otoño y el invierno de 1978 se producen grandes cambios en la vida de Wendy, la mayor parte de ellos buenos.

A finales de septiembre obtiene por fin el permiso de conducir y, un mes más tarde, en su decimoséptimo cumpleaños, sus padres la sorprenden regalándole un Ford Fiesta de segunda mano, bien cuidado, del concesionario donde trabaja su madre. El coche es de un brillante color naranja y la radio solo funciona cuando quiere, pero a Wendy no le importa. Le encanta su coche y empapela la exigua bandeja trasera con grandes margaritas adhesivas; en el parachoques, una pegatina, superviviente de los años sesenta, proclama: ARMAS NUCLEARES NO.

También consigue su primer empleo de verdad (en el pasado se ganó algún dinero cuidando niños y rastrillando hojas caídas, pero eso no cuenta); trabaja en el bar del autocine tres noches a la semana. A nadie le extraña que demuestre una especial destreza desempeñando sus tareas y a los tres meses le conceden un ascenso.

Además, la nombran capitana del equipo preuniversitario de atletismo en pista.

Wendy aún se hace preguntas sobre el señor Farris y aún le preocupa la caja de botones, pero sin la intensidad nerviosa de otros tiempos. Aún echa el pestillo a la puerta de su dormitorio, saca la caja del armario y acciona la palanca para que le dé una figurita de chocolate, pero no con tanta frecuencia como en otros tiempos. Las ha reducido a quizá dos por semana, como máximo.

De hecho, se ha relajado hasta el punto de que una tarde se sorprende preguntándose: *¿Crees posible que al final, te acabes olvidando de ella?*

Pero entonces se topa con un artículo en el periódico sobre la liberación

accidental de esporas de ántrax en una instalación soviética de armas biológicas, que ha matado a cientos de personas y amenaza la región, y comprende que nunca se olvidará de la caja y su botón rojo, ni de la responsabilidad que ha contraído. Ahora bien, ¿en qué consiste dicha responsabilidad? No está segura, pero intuye que está relacionada con evitar que las cosas, bueno, se descontrolen. Suena demencial, pero casi puede sentir que está en lo cierto.

Hacia el final de su tercer año de instituto, en marzo de 1979, Gwendy ve la cobertura televisiva de la fusión del núcleo en la planta de la isla de las Tres Millas, en Pensilvania. Llega a obsesionarse tanto que rastrea toda la información que puede encontrar, principalmente para determinar el peligro que supone para las comunidades, ciudades y estados vecinos. La idea le preocupa.

Intenta convencerse de que, si es preciso, volverá a apretar el botón rojo para volatilizar las Tres Millas. Solo que lo sucedido en Jonestown aún pesa demasiado sobre su conciencia. ¿Lo habría hecho de todos modos ese puto demente religioso, o ella le impulsó a hacerlo? ¿Habrían envenenado de todos modos las enfermeras a aquellos bebés, o Gwendy Peterson les dio de alguna forma la dosis extra de locura que necesitaban para hacerlo? ¿Y si la caja de botones es como la pata de mono de aquel relato? ¿Y si empeora las cosas en lugar de mejorarlas? ¿Y si es ella la que empeora las cosas?

En el caso de Jonestown, no lo entendía. Ahora sí. Para empezar, ¿no es esa la razón por la que el señor Farris me confió la caja? ¿Para hacer lo correcto cuando llegara la hora?

Cuando la situación en la isla de las Tres Millas por fin se contiene y los estudios posteriores confirman que ha pasado el peligro, Gwendy siente una gran alegría... y alivio. Tiene la impresión de haber esquivado una bala.

Lo primero que una despreocupada Gwendy percibe cuando entra en el instituto de Castle Rock la mañana del último jueves del curso son las expresiones sombrías en los rostros de varios profesores y un grupo de chicas congregadas junto a la puerta de la cafetería, muchas de ellas llorando.

—¿Qué ha pasado? —le pregunta a Josie Wainwright en la taquilla que comparten.

—¿A qué te refieres?

—Hay gente llorando en el vestíbulo y todo el mundo parece alterado.

—Ah, eso —dice Josie, con no más gravedad en su voz que si estuviera hablando de lo que ha comido en el desayuno esa mañana—. Anoche se mató una chica. Se tiró por las Escaleras de los Suicidios.

A Gwendy se le hieló todo el cuerpo.

—¿Quién era? —Apenas un susurro, porque se teme que ya conoce la respuesta. Ignora cómo, pero la sabe.

—Olive..., eh...

—Kepnes. Se llama Olive Kepnes.

—Se *llamaba* Olive Kepnes, quieres decir —replica Josie, y empieza a tatarrear *La marcha fúnebre*.

Gwendy quiere machacarle a puñetazos su bonita cara pecosa, pero no puede levantar los brazos. El cuerpo entero se le ha quedado petrificado. Al cabo de un momento, se obliga a mover las piernas, abandona el edificio y se encamina hacia el coche. Conduce directamente a casa y se encierra en su cuarto.

Es culpa mía, se lamenta Gwendy, por enésima vez, cuando entra con el coche en el aparcamiento del Parque de Recreo de Castle View. Ronda la medianoche y el recinto de gravilla está desierto. *Si hubiera conservado su amistad...*

Les ha dicho a sus padres que va a dormir en casa de Maggie Bean con un grupo de amigas del instituto —contarán anécdotas y recordarán a Olive y se apoyarán unas a otras con su dolor— y se lo han creído. No se han enterado de que Gwendy dejó de andar con la pandilla de Olive hace mucho tiempo. La mayoría de las chicas con las que Gwendy se junta ahora no reconocerían a Olive si la tuvieran delante. Aparte de los rápidos monosílabos intercambiados a modo de saludo en el pasillo del colegio o los esporádicos encuentros en el supermercado, llevaba probablemente seis o siete meses sin hablar con Olive. Al final terminaron reconciliándose tras la pelea en el cuarto de Gwendy, pero nada había vuelto a ser lo mismo tras aquel día. Y lo cierto del asunto es que a Gwendy no le incomodaba esa situación. Olive se estaba volviendo demasiado sensible, vaya, demasiado necesitada de atención, demasiado..., bueno, demasiado *Olive*.

—Es culpa mía —susurra al bajarse del coche. Le gustaría creer que tan solo se trata de la típica angustia adolescente, lo que su padre llama el «Complejo de Todo Gira En Torno A Mí», pero no ha llegado completamente a ese punto. No puede borrar de la cabeza la idea de que, si ella y Olive no se hubieran distanciado, la chica seguiría viva.

Esta noche no hay luna en el cielo y Gwendy ha olvidado proveerse de una linterna, pero no le importa. Encara la oscuridad con paso brioso y se dirige hacia las Escaleras de los Suicidios, sin estar muy segura de lo que hará una vez que alcance su destino.

Cruza la mitad del parque antes de darse cuenta de que no quiere acercarse para nada a ellas. De hecho, no quiere volver a verlas jamás. Porque —la idea es ridícula, pero en la oscuridad posee la fuerza de la verdad— ¿y si se encuentra a Olive ascendiendo por ellas, con la cabeza aplastada, medio abierta, y un ojo colgándole sobre la mejilla? ¿Y si Olive la empuja? O... ¿y si la persuade para que salte?

Gwendy da media vuelta, se monta en su monísimo Fiesta y regresa a casa. Se le ocurre que puede asegurarse de que nadie vuelva a tirarse de esas escaleras jamás.

La Voz de Castle Rock
Edición del sábado, 26 de mayo de 1979

Durante la madrugada del viernes 25 de mayo, en algún momento comprendido entre la una y las seis de la mañana, una porción de la esquina noreste del Parque de Recreo de Castle View ha resultado destruida. Las históricas escaleras y su mirador, junto con más de dos mil metros cuadrados de terreno propiedad del estado, se derrumbaron y dejaron un desconcertante montón de hierro, acero, tierra y escombros.

Numerosas autoridades continúan en el lugar investigando la escena para determinar si el derrumbamiento se ha originado por causas naturales o humanas.

«Es un suceso de lo más extraño, pero aún es demasiado pronto para sacar conclusiones», ha declarado el *sheriff* de Castle Rock, George Bannerman. «Ignoramos si se produjo un terremoto menor localizado en esta zona o si alguien, de algún modo, sabotéó las escaleras o qué. Vamos a traer a más investigadores de Portland, pero está previsto que lleguen mañana por la mañana, por lo que mejor esperaremos hasta entonces para hacer cualquier comunicado adicional».

Castle View fue el escenario de una tragedia reciente, cuando se descubrió el cadáver de una chica de diecisiete años de edad en la base del risco...

Gwendy pasa enferma los siguientes días. El señor y la señora Peterson creen que es la pena lo que provoca la fiebre y el malestar de estómago de su hija, pero Gwendy conoce la verdadera causa. Es la caja. Es el precio a pagar por pulsar el botón rojo. Oyó el estruendo de las rocas al derrumbarse y tuvo que ir corriendo al cuarto de baño a vomitar.

La mañana del lunes, consigue de algún modo despojarse de los holgados pantalones de chándal y de una camiseta demasiado grande y se ducha para asistir al funeral de Olive, pero solo después de que su madre la haya incitado a ello. De haber sido por Gwendy, no habría abandonado su habitación. Quizá no hasta cumplir los veinticuatro, más o menos.

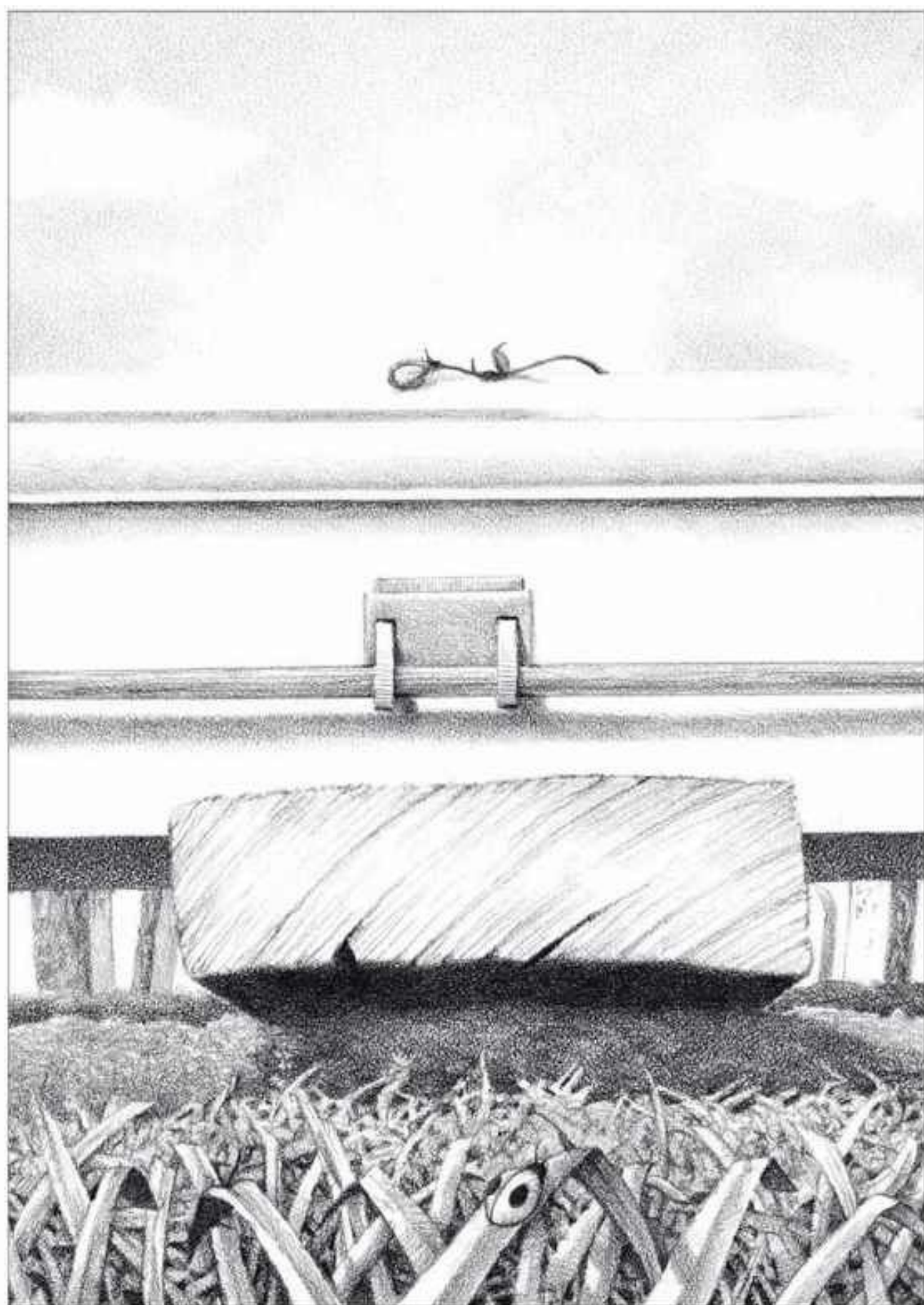
En la iglesia no queda ni un asiento libre. La mayor parte del instituto de Castle Rock está allí —tanto profesores como alumnos; ha ido incluso Frankie Stone, que esboza una sonrisa de suficiencia en el último banco— y Gwendy los odia a todos por haber acudido. Estando viva, Olive ni siquiera les caía bien a ninguno de ellos. Y ninguno de ellos la *conocía* siquiera.

Ya, claro, no como yo, piensa Gwendy. Pero por lo menos yo he hecho algo al respecto. Ahí lo tienes: nadie más volverá a tirarse de esas escaleras. Jamás.

Tras la ceremonia, mientras se aleja caminando de la tumba en dirección al coche de sus padres, oye que alguien pronuncia su nombre. Se gira y ve al padre de Olive.

El señor Kepnes es un hombre bajo, fornido, de mejillas sonrosadas y ojos amables. Gwendy siempre lo ha adorado y ha compartido un vínculo especial con él, quizá porque en otro tiempo soportaban juntos la carga del sobrepeso, o quizá porque el señor Kepnes es una de las personas más dulces que Gwendy ha conocido nunca.

Ha conseguido mantener la entereza razonablemente bien durante el funeral, pero ahora, ante el padre de Olive, que se aproxima con los brazos extendidos, Gwendy pierde el control y empieza a sollozar.



—Está bien, cariño —dice él envolviéndola en un abrazo de oso—. Está bien.

Gwendy menea la cabeza con vehemencia.

—No, no está bien... —Su cara es un revoltijo de lágrimas y fluidos mucosos. Se la limpia con la manga.

—Escúchame. —El señor Kepnes se inclina hacia delante para asegurarse de que Gwendy lo mira. No parece lógico que el padre consuele a la amiga (la *examiga*), pero eso es exactamente lo que él pretende hacer—. Hay que superarlo. Sé que ahora mismo parece imposible, pero lo superaremos. ¿Entendido?

Gwendy asiente con la cabeza y susurra:

—Entendido. —Solo desea irse a casa.

—Tú eras su mejor amiga en el mundo, Gwendy. Quizá dentro de un par de semanas puedas venir a vernos a casa y nos sentaremos todos a comer y a hablar. Creo que a Olive le habría gustado.

Es demasiado, y Gwendy no puede soportarlo más. Se zafa y huye hacia el coche, con sus padres a la zaga, deshaciéndose en disculpas.

Los últimos dos días de clase se suspenden debido a la tragedia y Gwendy pasa la mayor parte de la semana siguiente en el sofá del cuarto de estar, enterrada bajo una manta. Las pesadillas la acosan —en las peores aparece un hombre con traje y sombrero negros, con monedas de plata brillantes en el lugar que deberían ocupar los ojos— y a menudo grita en sueños. Tiene miedo de lo que pueda decir mientras duerme. Tiene miedo de que sus padres lo oigan.

Al cabo la fiebre remite y Gwendy se reincorpora al mundo. Se pasa la mayor parte de las vacaciones de verano trabajando tanto como puede en la cafetería. Cuando no trabaja, sale a correr por las carreteras endurecidas al sol de Castle Rock o se encierra en su cuarto para escuchar música. Cualquier cosa que le mantenga ocupada la mente.

La caja de botones permanece oculta en el fondo del armario. Gwendy aún piensa en ella —ay, ¿cómo no hacerlo?—, pero ya no quiere saber nada de ella. Ni de las figuritas de chocolate, ni de las monedas de plata ni, menos aún, de los condenados botones. La mayor parte de los días maldice la caja y todo cuanto le recuerda, y fantasea con la idea de deshacerse de ella: machacarla con una maza o envolverla en una manta y llevarla al vertedero.

Sin embargo, sabe que no puede. *¿Y si alguien la encuentra? ¿Y si alguien*

pulsa uno de los botones?

La deja allí, en las oscuras sombras del armario, cultivando telarañas y acumulando polvo. *Que se pudra ese maldito trasto, me trae sin cuidado, piensa.*

Gwendy está tomando el sol en el jardín de atrás, escuchando a Bob Seger & The Silver Bullet Band en un *walkman* Sony, cuando sale la señora Peterson con un vaso de agua con hielo. Su madre se lo tiende y se sienta en el borde de la tumbona.

—¿Cómo te encuentras, cariño?

Gwendy se quita los auriculares y bebe un trago.

—Bien.

La señora Peterson le echa una mirada.

—Vale, puede que no me encuentre bien, pero voy mejorando.

—Eso espero. —Le da a su hija un apretón en la pierna—. Sabes que estamos aquí si quieres hablar de algo. De lo que sea.

—Lo sé.

—Estamos preocupados por ti. Te pasas callada casi todo el día.

—Es que... tengo un montón de cosas en la cabeza.

—¿Aún no te sientes con ánimos para aceptar la invitación del señor Kepnes?

Gwendy no responde, se limita a negar con la cabeza, y la señora Peterson se levanta de la tumbona.

—Tú solo recuerda algo.

—¿El qué?

—Las cosas mejorarán. Siempre mejoran.

Se parece mucho a lo que dijo el padre de Olive. Gwendy espera que sea cierto, pero abriga sus dudas.

—Eh, mamá.

La señora Peterson se detiene y vuelve la cabeza.

—Te quiero.

Al final, resulta que el señor Kepnes se equivocaba y la señora Peterson acertó. No lo supera, pero las cosas mejoran.

Gwendy conoce a un chico.

Se llama Harry Streeter. Tiene dieciocho años y es alto, guapo y divertido. Vive en Castle Rock desde hace dos semanas (su familia acaba de mudarse a consecuencia de un traslado por trabajo de su padre) y, si no se trata de un caso genuino de Amor A Primera Vista, se le acerca bastante.

Gwendy se afana tras la barra de la cafetería, sirviendo cubos de palomitas con mantequilla, chicles, Peta Zetas y refrescos a litros, cuando entra Harry con su hermano pequeño. Ella se fija en él al momento y él se fija en ella. Cuando al muchacho le llega el turno de pedir, salta la chispa y ninguno de los dos logra completar una frase.

Harry vuelve a la noche siguiente, esta vez sin compañía, aunque *Terror en Amityville* y *Phantasma* aún siguen en cartelera, y de nuevo aguarda su turno en la fila. Esta vez, además de unas palomitas pequeñas y un refresco, le pide a Gwendy su número de teléfono.

Al día siguiente por la tarde, él la llama y, esa noche, la recoge en un Mustang rojo descapotable. Con su cabello rubio y sus ojos azules, parece una estrella de cine. Van a la bolera y a cenar pizza en su primera cita, a patinar a una pista de Gates Falls en la segunda y, después de eso, se vuelven inseparables. Pícnics en Castle Lake, viajes de un día a Portland para visitar museos y centros comerciales, cine, paseos... Hasta salen a correr juntos, manteniendo una perfecta sincronización en sus zancadas.

El día en que comienzan las clases, Gwendy luce, colgado al cuello en una cadena de plata, el anillo de la escuela de Harry y se devana los sesos pensando en cómo plantearle a su madre el tema de los anticonceptivos. (La

conversación no tendrá lugar hasta transcurridos dos meses del año escolar, pero, cuando por fin hablan de ello, Gwendy siente alivio al descubrir que su madre no solo se muestra comprensiva, sino que incluso concierta una cita con el ginecólogo en su nombre: ¡bravo por mamá!).

Se producen también otros cambios. Para disgusto de entrenadores y jugadoras, Gwendy renuncia esta temporada, la del último curso, al equipo de fútbol femenino. Sencillamente, le falta entusiasmo. Aparte, Harry no es deportista, es un fotógrafo serio, y así pueden pasar juntos más tiempo.

Gwendy no recuerda ninguna etapa de su vida en que haya sido tan feliz. La caja de botones aún se asoma a sus pensamientos de cuando en cuando, pero es casi como si todo el asunto se hubiera reducido a un sueño de la infancia. *El señor Farris. Las figuritas de chocolate. Los dólares de plata. El botón rojo. ¿Alguna de esas cosas fue real?*

El atletismo, sin embargo, no es negociable. A finales de noviembre, cuando la temporada en pista cubierta echa a rodar, Gwendy está preparada para el *rock and roll*. Harry no se pierde ninguna prueba y, desde la banda, no para de animarla y sacarle fotos. A pesar de haber entrenado durante casi todo el verano y principios de otoño, Gwendy termina en un decepcionante cuarto puesto en el campeonato entre condados y no se clasifica para el estatal por primera vez en su carrera deportiva en el instituto. Además, en diciembre lleva a casa dos notables en el boletín de notas del semestre. La mañana del tercer día de las vacaciones de Navidad, Gwendy se despierta y va arrastrando los pies hasta el cuarto de baño del pasillo para orinar. Cuando acaba, se vale del pie derecho para sacar la báscula de debajo del tocador y se sube encima. El instinto no le falla: ha ganado tres kilos.

El primer impulso de Gwendy es correr por el pasillo, echar el pestillo de la puerta de su dormitorio, sacar de un tirón la caja de botones, accionar la palanca y devorar una figurita mágica de chocolate. Casi puede oír las voces canturreando en su cabeza: «¡Goodyear! ¡Goodyear! ¡Goodyear!».

Sin embargo, no lo hace.

En vez de eso, baja la tapa del inodoro y se sienta.

Veamos, he mandado al traste mi temporada de atletismo, he sacado un par de notables este semestre —uno de ellos raspado, aunque sus padres ignoran ese detalle—, por primera vez en años he ganado peso (¡nada menos que tres kilos!) y, aun así, soy más feliz de lo que he sido en toda mi vida.

No la necesito, piensa. Y lo que es más importante: no la quiero.

Tomar conciencia de esto le arrulla la mente y le aligera el corazón, y Gwendy regresa a su dormitorio con brío en el andar y una sonrisa en el rostro.

La mañana siguiente, Gwendy se despierta en el suelo de su armario.

Está acunando en brazos la caja de botones, como a un amante fiel, y el pulgar derecho descansa a un centímetro del botón negro.

Ahoga un grito y aparta bruscamente la mano, retrocediendo a rastras, como un cangrejo, hasta encontrarse fuera del armario. A una distancia prudente, se pone de pie y advierte algo que hace que la cabeza le dé vueltas: la estrecha bandeja de madera de la caja de botones permanece abierta. En ella descansa una diminuta figura de chocolate: un loro, perfectas todas sus plumas.

Gwendy no siente otro anhelo que huir corriendo de la habitación, cerrar de un portazo al salir y no volver jamás, pero sabe que no puede hacerlo. ¿Qué alternativa tiene, pues?

Se acerca a la caja de botones con todo el sigilo del que puede armarse. Cuando se encuentra a unos pocos pasos, la imagen de un animal salvaje dormido en su guarida le cruza como un relámpago la mente y piensa: *La caja de botones no solo otorga poder, es poder en sí misma.*

—Pero me niego —musita. *¿Me niego a qué?*—. Me niego a ceder.

Antes de que pueda acobardarse, se abalanza y arranca la figura de chocolate de la bandeja. Retrocede hasta salir del dormitorio, temiendo darle la espalda a la caja, y se precipita por el pasillo hacia el cuarto de baño. Una vez allí, tira el loro al váter y seguidamente vacía la cisterna.

Después, durante un tiempo, las cosas marchan bien. Quiere creer que la caja de botones está dormida, pero no se fía de ella, ni una pizca. Porque, aunque duerma, lo hace con un ojo abierto.

Ocurren dos sucesos trascendentales en la vida de Gwendy al iniciarse su último semestre en el instituto: por un lado, aprueban su solicitud anticipada para estudiar Psicología en la Universidad de Brown; por otro, se acuesta con Harry por primera vez.

Ha habido varios intentos frustrados en los meses anteriores —Gwendy ya ha empezado a tomar la píldora—, pero ella necesita más tiempo y Harry Streeter, que se comporta como un caballero, no la presiona. El acto finalmente se consuma en el dormitorio de Harry, a la luz de las velas, un viernes por la noche, coincidiendo con una fiesta en el trabajo del padre de él, y es tan torpe y maravilloso como esperaba. En aras de un necesario progreso, Gwendy y Harry repiten las dos noches siguientes en el asiento trasero del Mustang. Se está un poco apretado ahí atrás, pero eso si acaso lo mejora.

Gwendy retorna a las pistas en exterior cuando llega la primavera y en los dos primeros encuentros se mete entre los tres primeros puestos. Sus notas actuales no bajan de sobresaliente en ninguna asignatura (aunque en Historia coquetea peligrosamente con el notable) y no se ha vuelto a subir a la báscula desde la semana anterior a Navidad. Se ha hartado de esa tontería.

Aún sufre alguna que otra pesadilla (la más aterradora sigue siendo esa en la que aparece el hombre bien vestido que tiene monedas de plata por ojos) y aún sabe que la caja de botones anhela su regreso, pero ella procura no darle demasiadas vueltas. La mayor parte de los días lo consigue, gracias a Harry y a lo que mentalmente denomina «su nueva vida». A menudo, soñando despierta, imagina que el señor Farris volverá para reclamar la posesión de la caja de botones, eximiéndola de la responsabilidad. O que, tarde o temprano, la caja se olvidará de ella. Esto le podría sonar absurdo a alguien ajeno a la

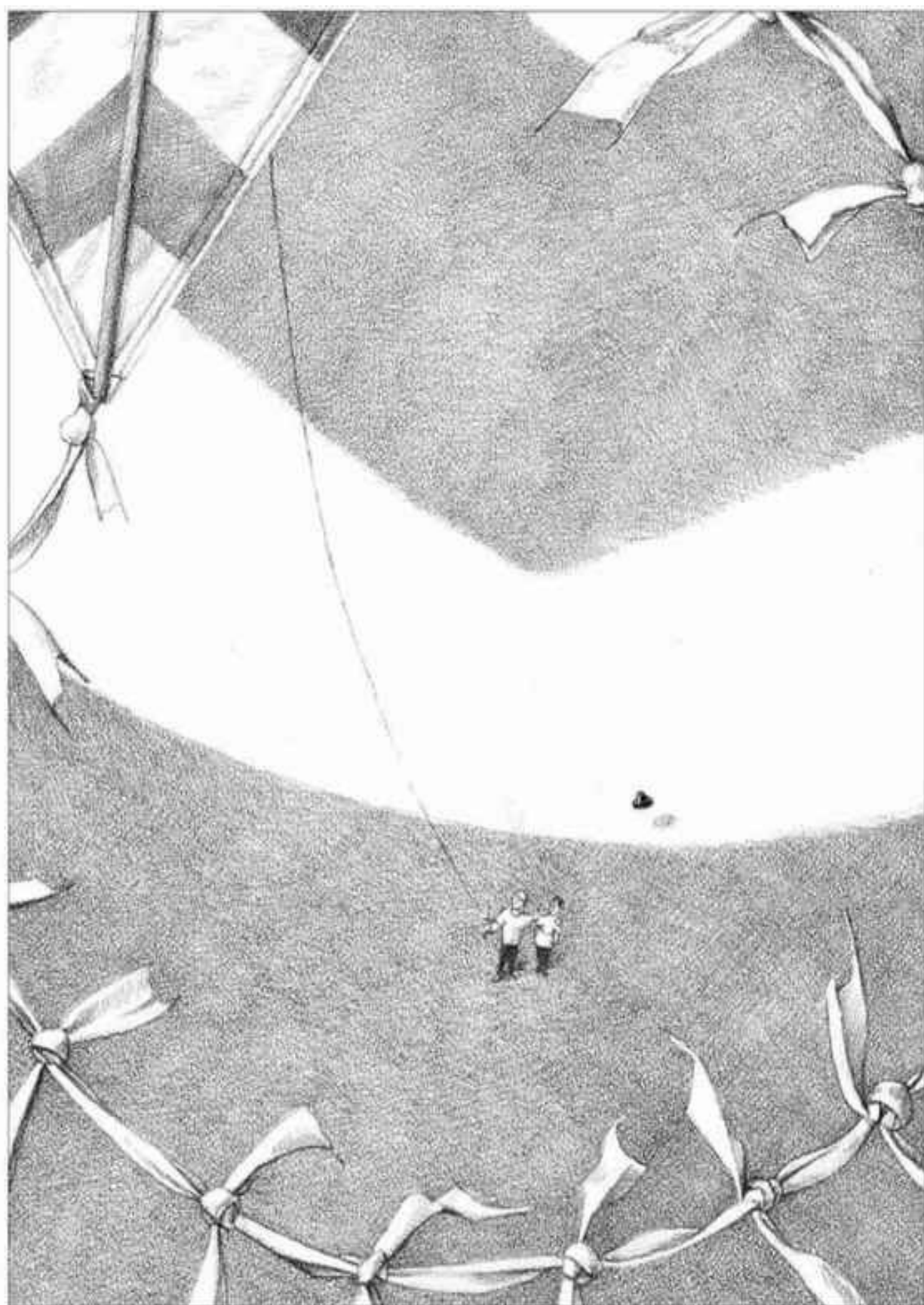
situación, pero Gwendy ha llegado a creer que, en cierto sentido, la caja está viva.

Solo que no existe el olvido. Descubre esta verdad una tarde ventosa de abril mientras ella y Harry vuelan una cometa en el jardín exterior del campo de béisbol (a Gwendy le encantó que se presentara en su casa con la cometa a remolque). Advierte que algo pequeño y oscuro surge de la hilera de árboles que bordea el recinto del instituto de Castle Rock. Al principio piensa que se trata de algún animal. Un conejo, o quizá una marmota, merodeando. Sin embargo, conforme se acerca —y parece enfilar directamente hacia ellos—, se da cuenta de que se equivoca por completo.

Es un sombrero.

Harry se afana en sujetar el carrete de cuerda y mira la cometa, roja, blanca y azul, con ojos bien abiertos y una sonrisa en el rostro. No se fija en el sombrero negro que avanza hacia ellos, moviéndose no con el viento, sino contra él. No se fija en que el sombrero disminuye su velocidad a medida que se aproxima y luego, de repente, cambia de dirección y se abate sobre su horrorizada novia, trazando un círculo completo alrededor de ella —casi como si la saludara con un beso, «Qué alegría volver a verte»—, antes de escurrirse y desaparecer tras las gradas que corren paralelas a la línea de tercera base.

Harry no se percata de ninguna de estas cosas, porque es una tarde gloriosa de primavera en Castle Rock y está volando una cometa con el amor de su joven vida a su lado y todo es perfecto.



La primera mitad de mayo transcurre como un torbellino borroso de clases, pruebas y preparativos para las fiestas de fin de curso, que abarcan desde medir las tallas de birretes y togas hasta enviar por correo las invitaciones a la entrega de diplomas y ultimar los detalles del baile. Los exámenes finales están programados para la semana del 19 de mayo y la ceremonia de graduación del instituto de Castle Rock se celebrará el martes siguiente, 27 de mayo, en el campo de fútbol americano.

Gwendy y Harry lo tienen todo planeado. Una vez que termine la ceremonia, se cambiarán de ropa para acudir a casa de Brigitte Desjardin, a la mejor y más multitudinaria fiesta de graduación del instituto. La mañana siguiente se marcharán una semana de acampada a la bahía de Casco, los dos solos. A la vuelta les tocará trabajar: a Gwendy, en el bar del autocine; a Harry, en la ferretería. Luego, a principios de agosto, diez días de vacaciones en la costa con la familia de Harry. Y, después, la facultad (Gwendy irá a Brown; Harry, a la cercana Providence) y un apasionante nuevo capítulo en sus vidas. Están impacientes.

Gwendy sabe que deberá tomar una decisión sobre qué hacer con la caja de botones una vez que llegue la hora de irse a la universidad, pero eso queda para el futuro, aún faltan varios meses y esta noche no es una prioridad. El problema más importante que Gwendy afronta en estos momentos radica en qué vestido elegir para la fiesta de Brigitte.

—¡Ay, por Dios! —protesta Harry, sonriendo—. Decírete por uno ya. O ve como estás ahora. —*Como estás ahora* resulta ser en bragas y sujetador.

Gwendy le propina un codazo en las costillas y da la vuelta a la página de la revista.

—Para ti es muy fácil hablar, señorito. Tú te pondrás unos vaqueros y una

camiseta y estarás impresionante.

—Tú en ropa interior ya estás *más* que impresionante.

Están tumbados boca abajo en la cama de Gwendy. Harry juega con el pelo de ella; Gwendy hojea las satinadas páginas del catálogo de Brown. El señor y la señora Peterson están cenando con unos vecinos calle abajo y no cabe esperar que regresen temprano. Gwendy y Harry llegaron hace una hora y la chica descubrió, con moderada sorpresa, que no le hacía falta utilizar la llave. No solo encontró la puerta principal sin el cerrojo echado, sino también ligeramente entornada. (Su padre insiste un montón en que se cierre con llave; le gusta decir que Castle Rock ya no es el pueblecito rural de antaño). Pero todo el mundo olvida cosas; además, papá se está haciendo viejo. Y con la cabeza ocupada en la fiesta —y anticipando los treinta minutos de paraíso en su cama—, ninguno de los dos repara en las astillas levantadas alrededor de la cerradura. Ni en las marcas de palanca.

—Venga —dice Harry ahora—, si estás que quitas el hipo. Da igual lo que te pongas.

—Es que no me decido entre ir con un vestido de fiesta sin tirantes o con uno largo de verano más cómodo. —Deja caer al suelo el catálogo y se levanta—. Ven aquí, elige tú.

Camina hasta el armario, abre la puerta... y lo huele antes de verlo: cerveza, cigarrillos, peste a sudor.

Hace ademán de girarse para llamar a Harry, pero es demasiado tarde. Un par de brazos fuertes emergen de las sombras entre la ropa colgada y la derriban de un tirón. En ese momento recupera el habla:

—¡Harry!

Él ya ha saltado de la cama y se ha puesto en movimiento. Se arroja sobre el atacante de Gwendy y ambos forcejean en el suelo, de un lado a otro, en medio de una maraña de ropa, de perchas y blusas.

Gwendy retrocede con esfuerzo hasta la pared y queda aturdida al ver a Frankie Stone, ataviado con pantalones de camuflaje, gafas oscuras y camiseta, como si se creyera un soldado en misión secreta, rodando por el suelo de la habitación con su novio. Eso es malo, pero observa algo peor: esparcidos por el suelo del armario, medio sepultados en ropas caídas, están los dólares de plata... y la caja de botones. Frankie ha debido de descubrirla mientras esperaba a Gwendy, o mientras aguardaba a que Harry se marchase.

¿Ha pulsado alguno de los botones?

¿Ha borrado África del mapa? ¿O Europa?

Los dos jóvenes chocan contra la mesilla de noche. Cepillos y botes de maquillaje llueven sobre ellos. Las gafas a lo agente secreto del intruso salen volando. Harry pesa como mínimo quince kilos más que Frankie y consigue apresar al flacucho gilipollas contra el suelo.

—¿Gwen? —Su voz denota una perfecta calma—. Llama a la policía. Tengo a este rastrero hijo de...

Pero es entonces cuando todo se va al diablo. Frankie es delgaducho. Frankie anda escaso de músculos. Sin embargo, lo mismo podría decirse de las serpientes y ahora él culebrea como una; primero se retuerce, después hinca una rodilla en la entrepierna de Harry. El muchacho deja escapar un bufido de dolor y se vence hacia delante. Frankie consigue liberar un brazo de un tirón y, con el tenedor de trinchar que forman sus dedos, le pincha en los ojos. Harry suelta un grito, se cubre el rostro con la mano y se desploma a un lado.

Gwendy se incorpora dificultosamente a tiempo de ver a Frankie embistiendo hacia ella, una mano extendida con intención de agarrarla y la otra tratando de sacar un objeto de sus pantalones de militar. Pero, antes de que tenga oportunidad de tocarla, Harry le placa y los dos caen tambaleándose al interior del armario, arrastrando con ellos más vestidos y faldas y pantalones y tops, de modo que, en un primer momento, Gwendy no distingue nada más que una pila de ropa que parece respirar.

Entonces surge una mano, una mano sucia con una telaraña azul tatuada en el dorso. Al principio lanza zarpazos a diestro y siniestro, hasta que encuentra la caja de botones. Gwendy intenta gritar, pero de su garganta no brota sino silencio; algo se la obstruye. La caja desciende, inclinada, con una esquina por delante. Una..., dos..., tres veces. La primera conecta con la cabeza de Harry, sofocado el ruido por la ropa. La segunda suena más fuerte. El tercer golpe produce un crujido escalofriante, como una rama al quebrarse, y el borde de la contundente arma se baña de sangre y cabellos.

Las ropas palpitan y resbalan. Frankie emerge de ellas, asiendo aún la caja de botones en una mano tatuada, con una sonrisa lobuna en el rostro. Gwendy alcanza a ver a Harry detrás de él. Tiene los ojos cerrados, la boca abierta.

—No sé qué es esto, guapa, pero mete unas hostias del copón.

Ella pasa disparada a su lado y él no trata de detenerla. Se arrodilla junto a Harry y le levanta la cabeza con una mano. Ahueca la otra sobre la nariz y la

boca de su novio, aunque ya sabe la verdad. La caja de botones suele ser ligera, pero esta noche, por unos instantes, ha pesado más, porque ha *querido* pesar más. Frankie Stone la ha usado para aplastarle el cráneo a Harry Streeter. No percibe ni un soplo de aliento en la palma.

—¡Lo has matado! ¡Asqueroso hijo de puta, *lo has matado!*

—Sí, bueno, puede ser. ¿Y qué? —No muestra ningún interés en el muchacho muerto; sus ojos reptan afanosamente por el cuerpo de Gwendy y ella comprende que está loco. Una caja que puede destruir el mundo se halla en manos de un chiflado que se cree un boina verde o un comando de la Armada o algo por el estilo—. ¿Qué es este trasto? Es decir, aparte de donde guardas ese montón de dólares de plata. ¿Cuánto valen, Gwennie? ¿Y para qué sirven estos botones?

Toca el verde claro, luego el violeta, y entonces, al ver que un pulgar mugriento se desplaza hacia el negro, Gwendy hace lo único que se le ocurre. Solo que no piensa, simplemente actúa. Se desabrocha el sujetador, que es de cierre delantero.

—¿Quieres jugar con esos botones o con los míos?

Frankie sonríe, enseñando unos dientes que estremecerían incluso a un dentista curtido y lo espantarían. Se lleva otra vez la mano al bolsillo y saca una navaja. A Gwendy le recuerda a la de Lenny, excepto por la ausencia de la inscripción *Semper Fi*.

—Túmbate en la cama, reina del baile. No te molestes en quitarte las bragas, quiero cortártelas. Si te quedas bien quietecita, a lo mejor no te rajo lo que hay debajo.

—¿Te ha enviado él? —pregunta Gwendy. Se encuentra ahora sentada sobre el trasero, con los pies en el suelo y las piernas encogidas para ocultar los pechos. Ese cabrón enfermo ya les ha echado una buena mirada, pero, con suerte, será lo único que consiga—. ¿Te ha mandado el señor Farris para recuperar la caja? ¿Quería que la tuvieras *tú*? —Aunque las pruebas parecen indicar esa posibilidad, resulta difícil de creer.

Ahora él frunce el ceño.

—¿El señor *qué*?

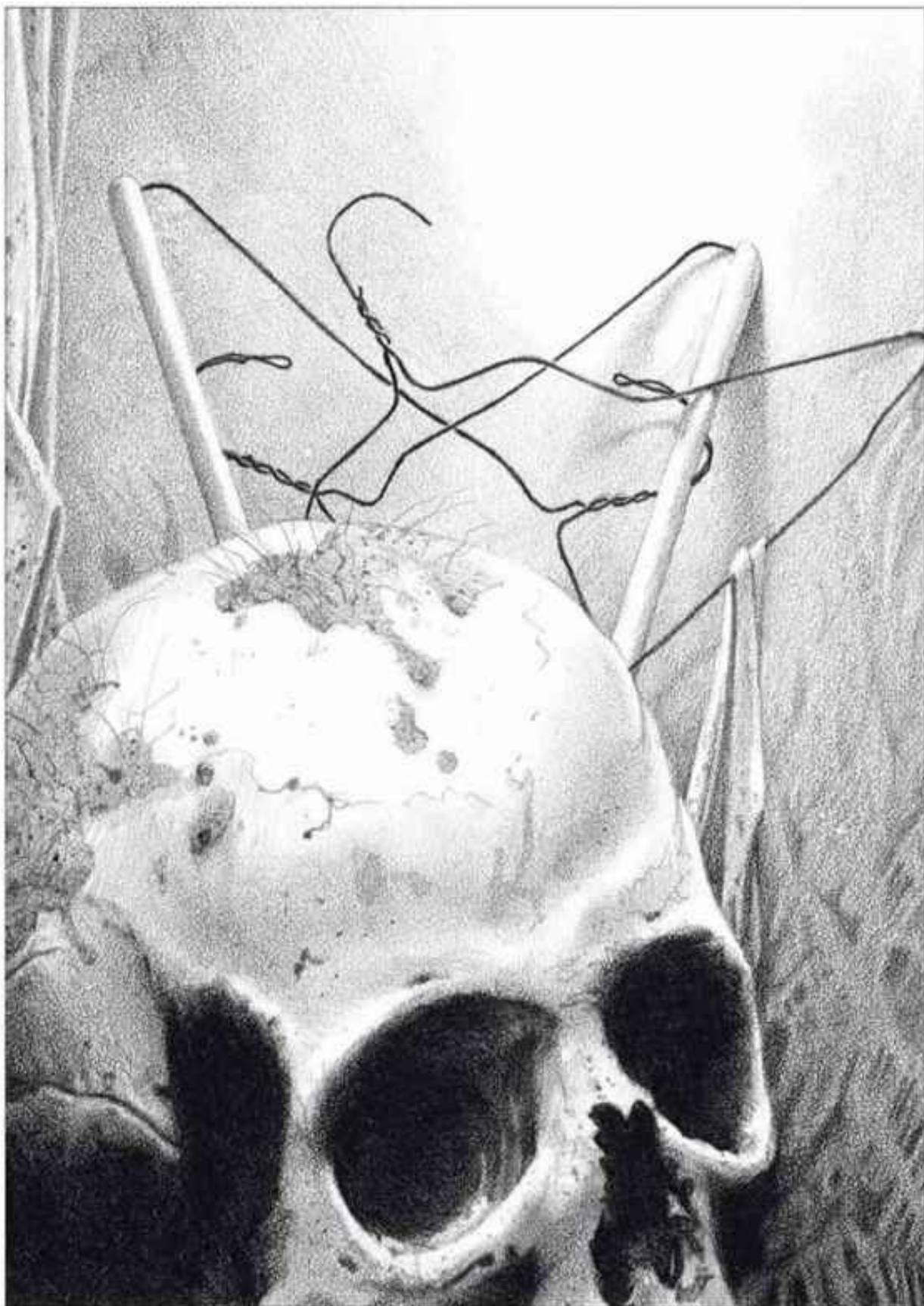
—Farris. El hombre del traje negro. Con un sombrero pequeño que se mueve por donde quiere.

—No conozco a ningún señor Fa...

Es en ese instante cuando Gwendy arremete contra él, de nuevo sin

pensar..., aunque más tarde se le ocurrirá que quizá la *caja* haya estado controlando sus pensamientos. Al muchacho se le agrandan los ojos, y la mano que empuña la navaja se proyecta como un pistón hacia ella. La hoja se le hunde en el pie y asoma por el otro lado en medio de un ramillete de sangre. Gwendy chilla mientras estrella el talón en el pecho de Frankie y lo empuja de vuelta al interior del armario. Entonces le arrebatla la caja y, al tiempo que aprieta el botón rojo, grita:

—¡*Púdrete en el infierno!*



En junio de 1984, Gwendy Peterson se gradúa *summa cum laude* en la Universidad de Brown. No ha vuelto a pisar las pistas de atletismo desde la primavera de su último año de instituto; la puñalada en el pie se le infectó durante su estancia en el hospital y, aunque al final se curó, perdió una parte. Todavía cojea al andar, si bien apenas se aprecia ya.

Tras la ceremonia, sale a cenar con sus padres y disfrutan de una velada estupenda. El señor y la señora Peterson incluso rompen su larga abstinencia y abren una botella de champán para brindar por su hija, cuyo destino pasa por un posgrado en Columbia o —tal vez— un programa de escritura creativa en la Universidad de Iowa. Cree alojar en su interior una novela. Quizá más de una.

—Y, dime, ¿no hay ningún hombre en tu vida? —pregunta la señora Peterson. Tiene las mejillas rojas y le brillan los ojos por el alcohol y la falta de costumbre.

Sonriendo, Gwendy niega con la cabeza.

—Ninguno en la actualidad.

Ni lo habrá en el futuro, piensa. Parece haber encontrado ya su media naranja: una caja con ocho botones en la parte superior y dos palancas a los lados. Aún se come alguna figurita de chocolate de vez en cuando, pero lleva años sin sacar ni un solo dólar de plata. Ha gastado ya los que tenía, dosificados, uno o dos cada vez, para comprar libros, pagar el alquiler (madre mía, qué lujo vivir en un apartamento de una habitación) y renovar su coche (ha cambiado el Fiesta por un Subaru Outback, cosa que enfureció a su madre, aunque acabó resignándose).

—Bueno —dice el señor Peterson—, hay tiempo.

—Sí. —Gwendy sonríe—. Dispongo de mucho tiempo.

Pasará el verano en Castle Rock, de modo que, cuando sus padres regresan a su hotel, termina de recoger sus últimas cosas y mete la caja de botones en el fondo de su baúl, tapándola bien. Durante su estancia en Brown, ha tenido guardado ese horrible trasto en una caja de seguridad del Banco de Rhode Island, una medida que ojalá se le hubiera ocurrido antes, pero cuando recibió la caja tan solo era una niña, ¡una *niña*, maldita sea!, ¿y qué saben los niños?, guardan sus pertenencias más preciadas en cavidades bajo los árboles, o detrás de piedras sueltas en sótanos propensos a inundarse, o en armarios. ¡En *armarios*, por el amor de Dios! Una vez que se instale en Columbia (o en Iowa City, si la aceptan en el taller de escritores), la depositará en otra caja de seguridad y, en lo que a ella concierne, puede quedarse allí para siempre.

Antes de acostarse, decide tomar un trozo de tarta de café y un vaso de leche, pero no llega más allá de la sala de estar. Allí se detiene, paralizada. Posado sobre el escritorio en el que ha estudiado durante los últimos dos años, junto a una foto enmarcada de Harry Streeter, se halla un sombrero negro, pequeño y pulcro. Lo reconoce, no tiene ninguna duda de que es el mismo, aunque no lo ha vuelto a ver desde aquella tarde en que Harry y ella salieron a volar una cometa en el campo de béisbol. ¡Qué día tan maravilloso fue aquel! Quizá el último de los días felices.

—Ven aquí, Gwendy —la llama el señor Farris desde la cocina—. Siéntate una miaja, como dicen en algunos sitios.

Ella entra en la cocina, sintiéndose como una visitante en su propio cuerpo. El señor Farris, con su impecable traje negro y aspecto de no haber envejecido ni un día, está sentado a la mesa. Tiene una porción de la tarta de café y un vaso de leche. Hay otra porción y otro vaso esperando para ella.

El hombre la mira de arriba abajo, pero —igual que aquella mañana de

hace diez años, cuando lo conoció en lo alto de las Escaleras de los Suicidios — sin intención salaz.

—¡Te has convertido en una joven pero que muy atractiva, Gwendy Peterson!

Ella no le agradece el cumplido, pero se sienta. En su opinión, esta conversación llega con demasiado retraso. No para él, probablemente; a Gwendy se le ocurre la idea de que el señor Farris tiene un calendario propio, al cual se ciñe en todo momento.

Lo que le contesta es:

—Cerré con llave al salir. Nunca me olvido de hacerlo. Y la llave seguía echada cuando volví. Siempre me aseguro. Es un hábito que adquirí el día que murió Harry. ¿Sabe lo de Harry? Supongo que sí, ya que también ha adivinado que quería un trozo de tarta de café y un vaso de leche.

—Por supuesto. Sé un montón de cosas sobre ti, Gwendy. En cuanto a las cerraduras... —Zanja la cuestión con un gesto de la mano, como diciendo ¡Bah!

—¿Ha venido a por la caja? —Detecta matices de entusiasmo y reticencia en su voz. Una combinación extraña, pero que conoce muy bien.

Él presta oídos sordos, al menos por el momento.

—Como he comentado, sé un montón de cosas sobre ti, pero ignoro qué sucedió exactamente el día en que ese chaval, Stone, entró en tu casa. Con la caja de botones siempre se produce alguna crisis, una prueba de fuego, se podría decir, y en el momento de la verdad pierdo mi capacidad para... ver. Cuéntame qué pasó.

—¿Es necesario?

Levanta una mano y la gira, tendida como para decir: *Depende de ti*.

—Nunca se lo he contado a nadie.

—Y, si he de suponer, nunca lo harás. Esta es tu única oportunidad.

—Le dije que esperaba que se pudriera en el infierno y apreté al mismo tiempo el botón rojo. No me refería a algo literal, pero acababa de matar al chico que amaba, me había clavado una navaja en el puto pie, y eso fue lo que me salió. Jamás creí que...

Pero sucedió.

Guarda silencio, recordando cómo el rostro de Frankie empezó a ennegrecerse, cómo los ojos primero se le empañaron y después se le descolgaron de las cuencas. Cómo la boca se le marchitó y se deformó, con el

labio inferior desenrollándose como una persiana con un muelle roto. Su grito —¿de sorpresa?, ¿de agonía?, ¿de ambas cosas?, no sabe definirlo—, que le reventó las encías putrefactas en una ducha de dientes negros y amarillos. La mandíbula, resquebrajada, desprendiéndose; la barbilla resbalándole por el pecho; el espantoso ruido de desgarrar que hizo el cuello al partirse. Los ríos de pus que manaron de las mejillas cuando se rasgaron como las velas corroídas de un barco...

—En el infierno, no sé, pero desde luego que se pudrió —dice Gwendy. Aparta la tarta de café. Se le han esfumado las ganas.

—¿Y cómo lo explicaste? —pregunta él—. Cuéntame eso. Debiste de pensar con una rapidez extraordinaria.

—No sé si lo pensé o no. Siempre he dudado si no fue la caja la que actuó por mí.

Aguarda a que el hombre conteste, pero, como él permanece callado, prosigue:

—Cerré los ojos y volví a apretar el botón rojo mientras imaginaba que Frankie desaparecía. Me concentré en eso con todas mis fuerzas y, cuando abrí los ojos, en el armario solo estaba Harry. —Mueve la cabeza con un gesto de perplejidad—. Funcionó.

—Claro que funcionó —afirma el señor Farris—. El botón rojo es muy... versátil, digamos. Sí, puede calificarse así. Sin embargo, en diez años lo has utilizado muy pocas veces, lo cual demuestra que eres una persona de voluntad fuerte y aún mayor autocontrol. Te aplaudo por ello. —Y alza el vaso de leche en señal de respeto.

—Una sola vez ya bastó para sobrepasar la raya —replica ella—. Provoqué lo de Jonestown.

—Te atribuyes un mérito excesivo —dice él con dureza—. Lo de Jonestown lo provocó Jim Jones. Ese que se hacía llamar «reverendo» estaba más loco que una rata en una cisterna. Era un paranoico con fijación materna y lleno de ideas peligrosas. Y en cuanto a tu amiga Olive, sé que siempre te has sentido de algún modo responsable de que se suicidara, pero te aseguro que no es el caso. Olive tenía ASUNTOS, empleando tus palabras.

Ella le mira de hito en hito, estupefacta. ¿Hasta qué punto se ha dedicado a escudriñar su vida, como un perverso (Frankie Stone, por ejemplo) hurgando en el cajón de la ropa interior?

—Uno de esos asuntos atañía a su padrastro. Él..., ¿cómo expresarlo? Él la *manoseaba*.

—¿Es en serio?

—Tan serio como un infarto. Y conoces la verdad sobre el joven señor Stone.

Está enterada. La policía lo vinculó con al menos cuatro violaciones y otros dos intentos de agresión sexual en la zona de Castle Rock. Quizá estuviera también involucrado en el asesinato con violación de una chica en Cleaves Mills. Sobre este último caso los agentes albergan más dudas, pero Gwendy está convencida de que lo hizo él.

—Stone llevaba *años* obsesionado contigo, Gwendy, y al final recibió exactamente lo que se merecía. El culpable de la muerte de tu amado señor Streeter fue él, no la caja de botones.

Ella apenas lo oye. Se sorprende recordando lo que normalmente destierra de sus pensamientos. Excepto en sueños: allí no existe escapatoria.

—Le conté a la policía que Harry impidió que Frankie me violara, que se pelearon, que Frankie mató a Harry y huyó. Me imagino que aún lo estarán buscando. Escondí la caja en mi tocador, junto con las monedas. Pensé en mojar uno de mis zapatos de tacón con la sangre de Harry para explicar el... el golpe en la cabeza..., pero no pude reunir el valor suficiente. Al final no importó. Supusieron que Frankie se llevó consigo el arma del crimen.

El señor Farris asiente.

—No se ajusta precisamente al dicho de «bien está lo que bien acaba», pero podría haber sido peor.

La amarga sonrisa que despunta en el rostro de Gwendy la avejenta varios años; no parece que solo tenga veintidós.

—Lo dice como si no pasara nada malo. Como si yo fuera santa Gwendy. Pero no me engaña. Si no me hubiera dado esa puñetera caja, las cosas habrían sido distintas.

—Y si Lee Harvey Oswald no hubiera conseguido trabajo en el Almacén de Libros Escolares de Texas, Kennedy habría finalizado su mandato —alega él—. Y si tal esto, y si cual lo otro... Podrías recitar esa cantinela hasta volverte loca, querida.

—Invéntese lo que quiera, señor Farris, pero, si no me hubiera dado nunca esa caja, Harry seguiría vivo. Y Olive.

El hombre lo medita un instante.

—¿Harry? Sí, puede que sí. *Quizá*. Olive, sin embargo, estaba condenada. No tienes ninguna responsabilidad en lo que le ocurrió, créeme. —Entonces sonríe—. Y, oye, ¡buenas noticias! ¡Te van a aceptar en Iowa! Tu primera novela... —Su sonrisa se ensancha—. Bueno, dejemos que sea una sorpresa. Solo añadiré que necesitarás tu mejor vestido para recoger el premio.

—¿Qué premio? —Aunque se muestra sorprendida, también se desprecia por la codicia que despierta en ella este anuncio.

De nuevo, él zanja la cuestión con un nuevo gesto de la mano: *¡Bah!*

—Ya he hablado bastante. Si te contara más, alteraría el curso de tu futuro, así que no me tientes, por favor. De insistir, podría ceder, porque me gustas, Gwendy. Tu custodia de la caja ha sido... excepcional. Soy consciente de que ha supuesto una gran carga, que a veces ha sido como acarrear a la espalda un saco invisible lleno de rocas, pero nunca sabrás lo bien que te has portado. Los desastres que has evitado. Cuando se utiliza con intenciones aviesas (cosa que jamás hiciste, por cierto, pues incluso tu experimento con Guyana nació de la simple curiosidad), la caja manifiesta una inimaginable capacidad para hacer el mal. Cuando no se toca, puede ser un poderoso instrumento del bien.

—Mis padres estuvieron a un paso del alcoholismo —recuerda Gwendy—. Viéndolo en retrospectiva, estoy casi segura de eso. Pero dejaron de beber.

—Sí, ¿y quién sabe cuántos desastres ha evitado la caja mientras era de tu propiedad? Ni siquiera yo lo sé. ¿Un genocidio? ¿Una maleta bomba plantada en la estación de Grand Central? ¿El asesinato de un líder que podría haber desencadenado la Tercera Guerra Mundial? No lo ha atajado todo (los dos leemos los periódicos), pero te confesaré algo, Gwendy. —Se inclina hacia delante, prendiéndola con los ojos—: Ha detenido muchas cosas. *Muchísimas*.

—¿Y ahora qué?

—Ahora te agradeceré que me devuelvas la caja. Tu trabajo ha terminado..., al menos esta parte de tu trabajo. Aún te quedan muchas cosas que contarle al mundo... y el mundo escuchará. Sabrás entretener a la gente, que es el mayor don del que un hombre o una mujer pueden gozar. Los harás reír, llorar, contener el aliento, *pensar*. Cuando cumplas treinta y cinco, teclearás en un ordenador en vez de en una máquina de escribir, pero los dos aparatos son, a su manera, cajas de botones, ¿no crees? Disfrutarás de una larga vida...

—¿Cuánto viviré? —De nuevo esa mezcla de ansia y renuencia.

—Eso no te lo diré, pero sí que morirás rodeada de amigos. Llevarás puesto un bonito camisón con flores azules en el dobladillo, brillará el sol y, antes de partir, mirarás por la ventana y verás una bandada de aves volando hacia el sur. Una última estampa de la belleza del mundo. Habrá un poco de dolor. No mucho.

Le da un bocado a la tarta de café y a continuación se levanta.

—Muy rica, pero ya llego tarde a mi próxima cita. La caja, por favor.

—¿Quién la tendrá ahora? ¿O tampoco puede contarme eso?

—No estoy seguro. Le tengo echado el ojo a un muchacho que vive en un pequeño pueblo llamado Pescadero, a una hora al sur de San Francisco. Nunca lo conocerás. Espero, Gwendy, que custodie la caja tan bien como tú.

Se inclina hacia ella y le da un beso en la mejilla. El roce de sus labios la embriaga de felicidad, el mismo efecto que siempre le producían los animales de chocolate.

—Está en el fondo de mi baúl —indica Gwendy—. En el dormitorio. El baúl no está cerrado con llave..., aunque me figuro que eso no le causaría ningún problema. —Se ríe, pero enseguida le muda el semblante—. Es que... no quiero volver a tocarla, ni siquiera mirarla. Porque si lo hiciera...

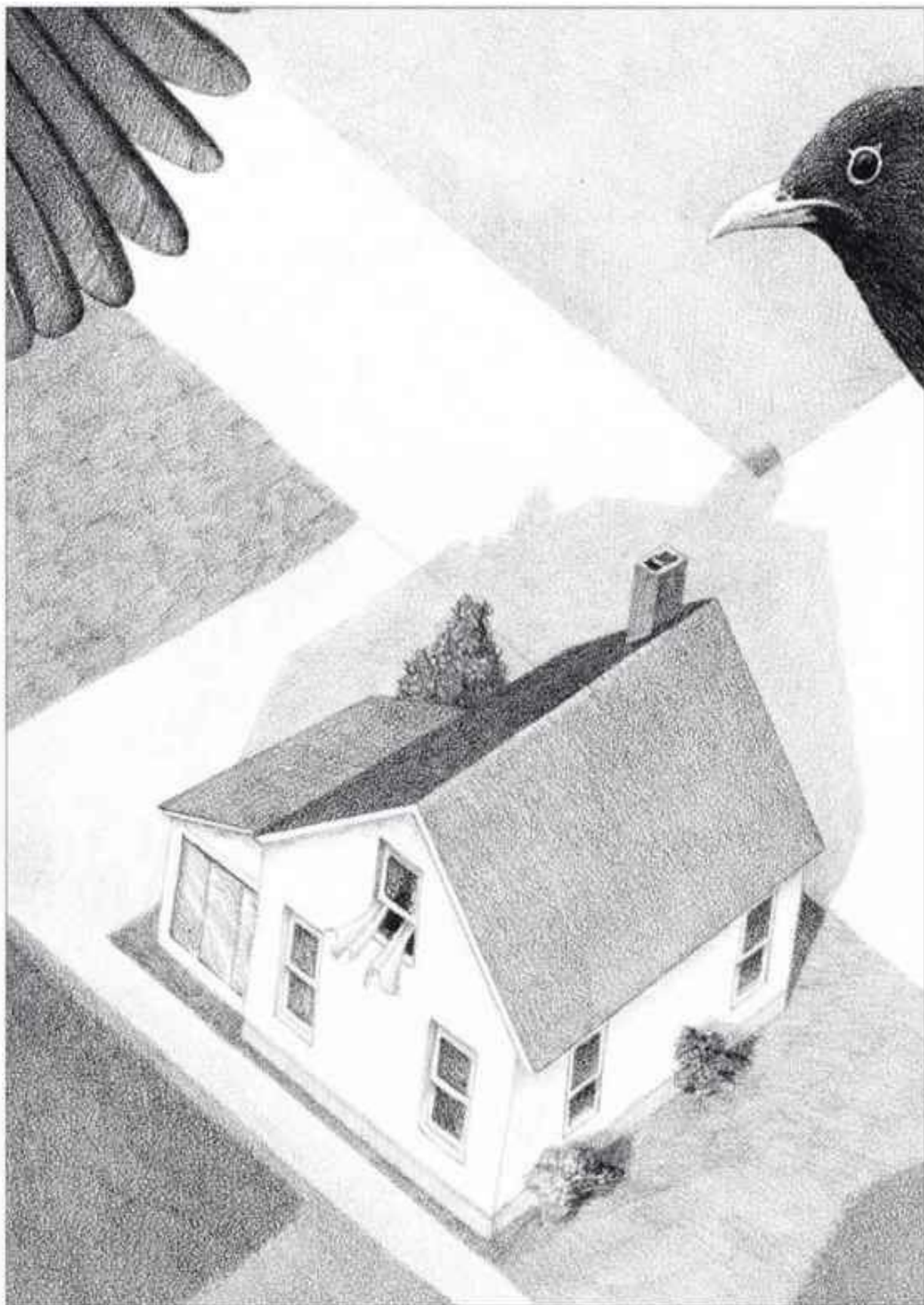
El señor Farris sonríe, pero sus ojos están serios.

—Si la tocaras, quizá querrías conservarla.

—Sí.

—Quédate aquí sentada, entonces. Termínate la tarta de café. Está muy rica —dice él.

Y se marcha.



Gwendy permanece sentada. Se come la tarta de café dando bocados pequeños y lentos, que riega con sorbitos de leche. Oye el chirrido que produce la tapa del baúl al ser levantada. Oye el chirrido que produce al ser bajada. Oye el chasquido de las correas al ser cuidadosamente abrochadas. Oye los pasos de él acercándose a la entrada, donde se detienen. ¿Le dirá adiós?

No se despide. La puerta se abre y se cierra con suavidad. El señor Richard Farris, a quien encontró por primera vez en un banco en lo alto de las Escaleras de los Suicidios de Castle View, ha salido de su vida. Gwendy continúa sentada un minuto más mientras se termina el último trozo de tarta y rumia un libro que quiere escribir, una extensa historia, quizá una saga, algo desordenada, sobre un pequeño pueblo de Maine, uno muy parecido al suyo. Habrá amor y habrá terror. Aún no se ve preparada, pero cree que la hora llegará pronto; en dos años, cinco como mucho. Entonces se sentará ante la máquina de escribir —su caja de botones— y se pondrá a teclear.

Al cabo se levanta y se dirige a la sala de estar. Camina con brío. Ya se siente más ligera. El sombrero negro ha desaparecido del escritorio, pero el señor Farris le ha dejado algo, a fin de cuentas: un dólar de plata Morgan de 1891. Lo recoge y le da vueltas, en uno y otro sentido, para que la superficie de la moneda, que nunca ha circulado, atrape la luz. Se echa a reír y, a continuación, se la guarda en el bolsillo.



Stephen King es autor de más de cincuenta libros, todos ellos grandes éxitos internacionales. Su obra reciente incluye la trilogía de Bill Hodges, *El bazar de los malos sueños*, *Revival*, *Doctor Sueño* y *La cúpula*. Muchos de sus libros se han convertido en aclamadas películas y series, incluyendo *Misery*, *Cadena perpetua*, *22/11/63* y *La torre oscura*. En 2003 le fue concedido el galardón de la National Book Foundation por su distinguida contribución a las letras norteamericanas, en 2007 ganó el Grand Master Award de los Escritores de Misterio de América y en 2014 recibió la Medalla Nacional de las Artes de Estados Unidos. Vive con su esposa, Tabitha King, en Maine.

La obra de ficción de **Richard Chizmar** ha aparecido en docenas de publicaciones, entre ellas *Ellery Queen's Mystery Magazine* y varias ediciones de *The Year's 25 Finest Crime and Mystery Stories*. Ha ganado dos premios World Fantasy y cuatro premios International Horror Guild, además de ser galardonado por la Horror Writers Association. Su tercera colección de

relatos, *A Long December*, publicada recientemente, ha cosechado excelentes críticas en *Kirkus* y *Booklist* y fue destacada en *Entertainment Weekly*. Chizmar, cuya obra se ha traducido a varios idiomas, ha participado en numerosos congresos como profesor de escritura, orador, panelista e invitado de honor. Puede visitar su web en www.RichardChizmar.com

Índice

[Sobre este libro](#)

[Portadilla](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Sobre los autores](#)

[Índice](#)

[Créditos](#)

Título original: *Gwendy's Button Box*

© 2017, Stephen King y Richard Chizmar

Publicado por acuerdo con los autores, representados por The Lotts Agency, Ltd.

© 2018, José Óscar Hernández Sendín, por la traducción

© 2017, Keith Minnion, por las ilustraciones interiores

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Los personajes y sucesos recogidos en este libro son ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es totalmente casual.

ISBN ebook: 978-84-9129-242-5

Adaptación de la cubierta original de: © 2017 by Desert Isle Design, LLC: Penguin Random House Grupo Editorial

Ilustraciones de la cubierta: © 2017 by Ben Baldwin Cover Arts Travelpix Ltd, Getty Images y Shutterstock

Conversión ebook: Javier Barbado

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |